

## RELATOS EN CLAROSCURO Y DE TINIEBLAS

COLECCIÓN LITERATURA  
Serie Cuento • Bruno Estañol

---

Elí Manuel Austria Hernández

RELATOS  
EN CLAROSCURO  
Y DE TINIEBLAS

**CULTURA**

SECRETARÍA DE CULTURA



TABASCO

Primera edición: 2019

© 2019, Elí Manuel Austria Hernández

D. R. © 2019, Secretaría de Cultura  
Calle Andrés Sánchez Magallanes # 1124  
Fraccionamiento Portal del Agua  
Colonia Centro, Villahermosa  
C. P. 86000  
Tabasco, México

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,  
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito  
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-84-7

Impreso en México - *Printed in Mexico*

*Para mi esposa Elia,  
mi pequeño Axel  
y Octavio,  
por creer en mí*

## RELATOS EN CLAROSCURO

## CALDO PARA LA RABIA

Era de madrugada. El viento fresco golpeaba los bigotes de don Benjamín y Camilo, su ayudante. Cuatro perros se acercaban buscando un bofe mientras ellos realizaban la labor de siempre: amarrar el cuello del bovino al poste de hierro, degollarlo con un tajo certero, recibir su sangre en una gran cubeta hasta que perdiera todas sus fuerzas y, por último, la vida. Después de esto, los cuchillos entraban en verdadera acción y el señor convertía los quinientos kilos de carne, piel y tendones, en mercancía para el día siguiente en el mercado.

Los perros recibían los retazos inservibles, se mordían entre sí cuando el botín volaba por los aires. Mientras tanto el pequeño Matías, hijo de don Benjamín, observaba con asombro la actividad a la que estaría destinado al crecer y tener la fuerza suficiente. Su padre le mostraba dónde cortar, la dirección a tomar con la hoja de acero, así como la profundidad indicada. También le recordaba el peligro del filo excepcional. La atención del niño era completa.

–Hijo, ve por otra cubeta, esta pulpa será para nosotros –ordenó el hombre mientras seleccionaba un trozo de la pierna.

Matías cumplió el mandato. Su padre continuaba tirando los pedazos por encima del hombro, sin decidir su rumbo. Los perros continuaban ladrando, esperando el siguiente bocado. Negra fue la suerte del chico cuando uno

de tantos pedazos cayó encima de su pie mientras regresaba. En menos de tres segundos dos pares de colmillos se hundieron en su piel. Así, la labor de esa noche se interrumpió.

\*\*\*

Don Benjamín cargó al niño en brazos. En casa, el pie fue limpiado, enjabonado y envuelto con un trapo limpio. Doña Benedicta y doña Josefina, la madre y la abuela del niño, lo culpaban de lo ocurrido. Con el paso de las horas, el señor debía regresar a la labor; la carnicería no se iba a atender sola. La calma había vuelto a la familia Álvarez, pero el susto nadie se lo quitaba.

Todo hubiera terminado peor de lo imaginado, si unos días después, Camilo no le hubiera comentado a su jefe que el perro que mordió a su hijo había sido muerto a machetazos por un vecino al notar que tenía rabia.

La madre se encargó de llevar de inmediato al niño al centro de salud del pueblo, pero se encontró con un obstáculo enorme al enterarse de que no había vacunas.

—Uh, *seño*, lo siento —dijo el médico rural—, hace como tres meses que se terminaron. Desde entonces no han vuelto a surtir, aunque ya las pedimos un chorro de veces. Tendrá que ir a la ciudad.

—¿Y si se me muere el chamaco? ¿Usted me lo va a resucitar? —preguntó doña Benedicta.

—Bueno, no se me encabrite —respondió el médico—. Ya le dije que ahí puede hallar lo que busca. ¡Siguiente!

Dicen que lo que empieza mal termina peor. Ya se imaginarán el rostro de la señora cuando al día siguiente, en la capital, el médico en turno le dijera lo mismo: tam-

poco había vacunas contra la rabia; no obstante, llegarían en quince días. Se dedicó entonces a repartir unas cuantas mentadas de madre durante el trayecto a la salida mientras llevaba al niño tomado de la mano, pues caminaba con dificultad. Matías se había mostrado estable hasta dos días atrás, cuando la herida comenzó a supurar.

Todos en el pueblo sabían lo que pasa cuando una persona se enferma de rabia. Aunque lo presenciaban también en el ganado y en los gatos, en los seres humanos era mucho peor, pues parecían poseídos por un mal espíritu. Esto se comprobó varios años atrás cuando un tal Jacinto comenzó con mucha salivación, miedo a la luz, al agua y al aire, así como agresividad. Debieron amarrar al desdichado. Cualquier remedio practicado fue inútil, sólo quedó esperar su irremediable muerte. Al pobre lo enterraron con el doble de oraciones.

Los malestares llevaron a Matías esa misma noche de vuelta a la cama, con fiebre. A su madre la carcomía la incertidumbre. Cuando llegó la madrugada, el padre salió de casa para elegir a la siguiente vaca en el matadero. La abuela, recordó entonces una receta ancestral, pero efectiva:

–Benedicta, a este niño le va a dar algo. Antes de amanecer, busca a tu marido. Le diré qué hacer –dijo doña Josefina.

La señora asintió sin preguntar. En su niñez, se le había enseñado que no se cuestiona, sólo se obedece. La orden se llevó a cabo y antes del alba, el padre de Matías estaba en casa. La anciana le dio las primeras instrucciones:

–Toma tu rifle, ve a la ceiba detrás de la casa y tráeme el zopilote más grande y gordo que veas.

–¿Para qué? –cuestionó el hombre.

–¡Con una chingada! ¡Haz lo que te digo, que tengo cosas que hacer! –gruñó la abuela.

Benjamín, al ver el estado de su hijo, no tuvo más remedio. A los diez minutos, dos disparos sonaron al aire. Pronto se acercaba a la casa llevando el rifle con una mano y con la otra, una pata negra y callosa del zopilote que había cazado. El cadáver arrastraba las alas abiertas y golpeaba la cabeza con todas las piedras a su paso.

Cuando la abuela vio el ave, dio la siguiente consigna:

–Benedicta, quiero que hiervas agua en la olla más grande de la cocina. Cuando esté lista, me dices. Ahora –refiriéndose a su yerno–, ve de nuevo a tu labor y si no vendes hasta el último pedazo, te voy a cuartear.

El padre se quiso desmayar cuando imaginó el remedio de la suegra, pero callar era más prudente para él. Entonces se marchó.

Mientras el agua se calentaba, el animal fue atado de las patas y colgado de cabeza en la rama de un árbol seco, para ser decapitado y desangrado. Cuando el agua burbujeaba sobre la leña, la anciana desamarró al animal, le sacudió el polvo y lo introdujo allí. A la media hora las mujeres bajaron la olla y esperaron un poco más a que la temperatura se templara.

–Hija, saquemos a este guajolote carroñero. Vamos a desplumarlo.

Poco a poco, una pestilencia inundó el aire, similar al de los cuerpos en descomposición. El vapor se estaba volviendo insoportable.

–¡Mamá, por el amor de Dios! –exclamó Benedicta–. ¡Me ahogo!

–¡Que te calles, coño! –gritó por enésima vez su madre.

Con muecas y tapándose la nariz, ambas pelaron el zopilote. Manojos y manojos de plumas cayeron al suelo. Ya aliñado por completo se vio que era poco más grande que un pollo.

La abuela se dedicó entonces a cortar las alas, las patas y todo el cuerpo en pedazos. Abrió desde el pecho hasta el vientre, retiró sólo los intestinos y el estómago.

Una nueva tanda de agua se hirvió y se introdujo de nuevo al pajarraco, esta vez para cocerlo. En la casa, Matías se despertó por el olor que llegaba hasta su cuarto; su madre y su abuela no estaban cerca. Una hora después, el caldo estuvo listo para ser servido. Sin sal, verduras o especias, las piezas de carne oscura y dura, irían a parar en su totalidad al estómago del enfermo.

—Deberá comer esto durante tres días, hasta que se acabe —dijo la abuela—. Si quieres que se salve de una muerte segura, es la única forma.

El amor de madre salió a flote, Benedicta se negó en su mente a permitir que su hijo consumiera ese menjurje sacado de los avernos. Aun así, no se atrevió a refutar, pues las madres mandan hasta que se despiden de este mundo.

—Hijo, tu abuela y yo hicimos esta comida. Quizá no te guste, pero esto curará el «mal del perro loco» antes que te caiga —dijo su madre, entrando a la habitación de Matías, con un plato rebosante de carne y caldo.

—¡Dile que chupe hasta el hueso! —gritó la abuela desde la sala.

—Ya escuchaste... cómetelo todo y no preguntes qué es.

Matías supo de inmediato que esa agua espesa y repleta de presas oscuras era la responsable de no dejarlo descansar. La fiebre había bajado un poco, podría comer, aunque

sin tranquilidad. Eso sí, de algo estaba seguro: no era ni gallina ni pollo.

Con cada bocado y mordida deseaba vomitar la cena de la noche anterior. Desgarrar la pechuga y la pierna producía crujidos, ¡sus dientes iban a gastarse! Fue el mayor tormento de sus tiernos días.

Durante los siguientes tres días no probó otra cosa más que el caldo. Sus sueños se interrumpían cuando en ellos aparecían seres desconocidos; lo miraban desde los árboles, esperando su muerte. No obstante habría estado dispuesto a aceptar eso antes de ser obligado a repetir otra ración.

El niño se quedó asqueado ante el sabor amargo que se quedaba pegado en su lengua y garganta. Cuando supo a qué pertenecía la carne sus pesadillas cobraron sentido. A la semana, se sentía mejor. La fiebre desapareció, la herida cerró y unos días después, logró caminar de nuevo, olvidarse de la rabia, mas no del remedio con el que le ganaron a «la huesuda»; éste se quedaría para siempre en su memoria.

\*\*\*

Tras años sin volver a la tierra que lo vio nacer por consagrarse casualmente a los estudios de bacteriología, el doctor Matías recordaría con su hijo mayor el menjurje aquel de la abuela que lo había salvado.

Bajo la frondosa ceiba ahora sin tanto zopilote, le preguntó a su vástago con una amplia sonrisa:

—¿Te gustaría escuchar una historia?

## UN VIERNES IMPOSIBLE

Juan y Mariana se conocieron el día de Halloween gracias a su madre. Mientras ella preparaba los tamales de chipilín para las ofrendas, le pidió a su hijo una recarga en el Oxxo de la esquina. Mariana, que era de nuevo ingreso en la tienda y no celebraba ni una cosa ni la otra, aunque practicaba las formas siniestras de pregonar «que en la otra caja cobran» o que «no hay servicio para el pago con tarjeta», exasperando a los parroquianos que deseaban fulminarla. En vez de enojarse con ella, Juan se concentró en los atributos que se le marcaban bajo el uniforme. En el papelito que le extendió, junto al número de su madre, escribió el suyo, y añadió un dibujo: un fantasma sonriente.

Entonces comenzaron a salir por calles poco transitadas. A pesar de la hora, se dirigían siempre hacia uno de los parques para degustar tacos, o al cine, si proyectaban películas de terror. Mientras Juan moría de miedo, a Mariana se le iba el alma en risas. Al salir de la función, conversaban sobre cómo les fue en la semana y de cómo sus madres les seguían recordando que se apuraran a trabajar en algo mejor, que no iban a estar bajo sus faldas siempre.

En fin, una noche, tras la cena, pasaban junto a la escuela donde la chica había estudiado la secundaria. De repente, el sonido de choque en un vidrio interrumpió la conversación. Un pequeño murciélago cayó frente a ellos y batió las alas; parecía un pez fuera del agua.

—¡Oh mira! —exclamó Juan—. ¡Una rata voladora! ¡Voy a aplastarla!

—¡No, pobrecita, debemos dejarla! Podría seguir su camino —respondió Mariana.

De repente, el pequeño animal sufrió una metamorfosis. Una piernita se transformó en una mucho más grande, hasta un zapato puesto apareció de la nada; una alita hizo ¡pop! y un brazo arropado por unas mangas se transformó. Finalmente, un hombre de unos cuarenta años terminó tirado boca abajo sobre la banqueta, uno a quien Mariana conocía muy bien. No pudo contener su sorpresa y gritó:

—¡Maestro Erasmo, es usted un vampiro! ¡Como los de las películas del Santo!

—¿Quién?, ¿qué? —exclamó su compañero, confundido por completo.

—¡Ya, ya, no seas tarada! —respondió el vampiro—, parece que nunca escuchaste las leyendas de tu colonia... ¡Oh, no! Quiero decir: ¡Mariana!, ¿eres tú? ¡Cuánto tiempo sin vernos!

—¡Oh no, yo me voy a desmayar! —dijo Juan a punto de desplomarse.

—Lo mismo dijo aquel niño, Pancho, cuando fue a mi casa para hacer la tarea de historia, pero le terminé chupando hasta el alma.

Mariana lo recordaba: Panchito, aquel niño que, para desayunar, siempre llevaba sándwiches y huevo en su lonchera de las tortugas ninja. Cierta día desapareció y jamás se supo de él, hasta ahora.

—¡Oh no, pobre Panchito!, ¿usted lo mató? —exclamó Mariana.

El profesor de ultratumba respondió:

—De hecho, no. Se convirtió en vampiro y ahora vive tomando Clamato en las playas de Costa Rica, pues es bien miedoso con la sangre. Mira esta foto, me la envió antier.

Entonces, sacó de entre sus ropas una postal donde se distinguía a un muchacho con camisa tropical, palmeras a lo lejos y un cielo caribeño rematado con un mar azul turquesa.

—No me desvíe el tema, profe —dijo Mariana, incrédula—, lo voy a acusar con la policía. De alguna forma, usted se me hacía rarísimo. Nos daba miedo.

—A ellos iguales me los chuparía. Mejor míralo del lado bueno: ¡cabas de conocer a un vampiro de carne y hueso!

—¿No nos hará daño? —preguntó Juan, todavía con miedo.

—Oh, claro que no. Sólo porque ella era buena con los resúmenes y pintando los mapitas de la República, no les haré daño.

—Mariana, debemos irnos rápido. ¡Mira, eestá sacando las uñas!

—Así son, chamaco pendejo; ¿piensas que las tendría como Niurka?

—Oh, sí, es cierto... Y ¿no nos va a hacer daño entonces? —repitió Juan.

—Ya dije que no. Pero si mi padre estuviera aquí, de seguro ya se los hubiera echado al plato.

—¿Su padre?, ¿quién es? —cuestionó Mariana, un poco más interesada—. ¿Es usted vampiro de toda la vida?

—¡Exacto! Mi padre vivía en su castillo, en las montañas de una tal Valaquia, allá por Ruanda.

—¡Rumanía! ¿Es usted hijo de Drácula?

—Lo que sea. Sí, sí lo soy. Hace quinientos años, mi padre asesinaba y empalaba gente cuando invitaba a festines. ¡Qué tiempos aquellos, los chamaquitos de cinco años pataleaban como ranas todas atravesadas!

Ese comentario resultó perturbador para la imaginación de los chicos, sus ojos se hicieron cuadrados y las orejas como pasitas. Además, no supieron qué decir. Notando esto, Erasmo continuó de forma menos entusiástica.

—Bueno, ya que las leyes de lo políticamente correcto han cambiado, ahora mi padre se dedica a asar carnes en un McDonald's, donde muerde a las empleadas y se las lleva al lado oscuro.

—Un momento... ¿Lado oscuro? —cuestionó Mariana tras recuperar la serenidad.

—Sí, nosotros somos el lado oscuro. Estamos dispersos por el mundo, nos mezclamos entre la gente. Se me da bien la historia por todos los años vividos. Antes era general de un ejército, luego fui mercante en las Antillas, piloto de guerra y hasta reportero de radio cuando iniciaba la industria. Aunque, casi todos los días me echo a alguien a los dientes, sigo con mi vida normal y disfruto de la vida eterna.

—Entonces, ¿esta noche buscaba a su próxima víctima? ¿Es la primera vez que se golpea contra una ventana? —preguntó Juan, colocándose detrás de la muchacha.

—Algo así... cuando estoy en mi forma de animal, mis sentidos se transforman también. Sí, me quedo ciego. Y no, hoy sólo quería dar un paseo. Si no le dicen a nadie lo que han visto, haré también lo mismo.

De improvviso, un «ring» ensanchó la noche. Provenía del bolsillo del pantalón del vampiro. Éste introdujo

una de sus largas manos y extrajo un aparato similar a un teléfono. Una lucecita roja parpadeaba junto al sonido de alarma.

—¡Oh, es mi comunicador televampiresco!

El aparato se contestó solo, y mostró en videollamada a la remitente: una mujer de largos cabellos negros, que tenía una noticia. Para Juan fue como haber visto un fantasma.

—Señor: Tenemos una parejita que va por la calle —dijo la mujer en el comunicador—. Ahora deben estar cerca de la secundaria. Voy para allá a iniciar el festín. ¡Lo invito!

Juan no pudo contener su curiosidad y se echó la soga al cuello...

—Un momento... Priscila, ¿eres una vampira también?

—¡Juan, mi amor! Pero eres tú, ¡pensé que ya no existías! ¿Cómo has estado sin mí?

A una mujer no se le escapa una... Mariana se puso furiosa en menos de tres segundos.

—¿Priscila? ¿La ex que me contaste anoche? ¿Y viene para acá?

—Oh, sí hermosa —le respondió la vampira antes que a Juan—. Sólo por tratarse de él, no te voy a comer; aunque de él... no puedo asegurar que no me lo haya comido. En fin, ¡buenas noches!

Eso fue todo. Se terminó la transmisión.

El profesor, al saber lo que se acercaba, se asustó. Sí, querido lector, un ser que había vivido más de quinientos años, sintió el hielo correr por su espalda.

—Bueno muchacho, creo que esto ni yo lo puedo solucionar. Que las estacas y los ajos te acompañen porque te van a poner «como chinín jugueteado». ¡Ahí nos vemos! El profe Erasmo se convirtió de nuevo en murciélago, em-

prendió el vuelo dejando en el aire una risa de miedo.

Para Juan fue difícil entender cómo es que los colmillos y las garras tan aterradoras de seres tan siniestros fueran menos fulminantes que los ojos de Mariana en esos momentos. El maestro vampiro tenía toda la razón: le iba a ir demasiado, pero demasiado mal.

## EL EXTRAÑO CASO DE LA TAREA DE NOVELA

Érase una vez, en una ciudad llamada Villahermosa, un par de jóvenes que temblaban de miedo. En la escuela de escritores sus compañeros de clase entregaban sus respectivas tareas en carpetas muy bonitas y el maestro las recibía con mucho cariño, apilándolas de forma ordenada. No obstante ellos se quedaron quietecitos en su sitio porque no tenían el material.

–Te dije que no era una buena idea –masculló Eduardo a Roberto.

–*Güey*, ¿cómo iba yo a saber que todo se volvería un desmadre? –contestó su amigo.

Cabizbajos, aceptaban su destino. Se preguntarán por qué estaban en aprietos. ¿Un perro se comió la tarea? ¿Se encontraron a un ladrón y se las robó? ¿Se les olvidó? No, nada de esto igualaba la verdad. ¿Tanto costaba hacer una entrevista inventada a un personaje de la literatura universal? La verdad, deseaban lograr algo nunca antes visto.

Por eso, Roberto y Eduardo se reunieron para construir juntos una máquina capaz de romper las barreras del espacio y las dimensiones, y así traer a este mundo algún personaje ficticio que dejaría de serlo. Tras varias horas y días de planeación, cálculos y construcción, lograron terminar el portal. Fue armado en la habitación de Eduardo y lo disfrazaron como un trasto viejo. Para el día jueves en la tarde, estuvo terminado.

–Deja activado sólo el modo «cuentos infantiles», no queremos traer a algún hombre lobo o peor aún, algún dios de la muerte –había indicado Roberto.

Cuando Eduardo jaló el interruptor, por unos segundos se hicieron presentes, un pequeño terremoto y rayos de luz. Cuando terminó el proceso, apareció frente a ellos, sentada en el suelo, una niña pequeña con ojitos vivarachos y una capa roja. Los dulces de la canasta que sostenía con sus manos se habían regado.

–¿Tú eres Caperucita Roja? –preguntaron los jóvenes, sorprendidos.

–Mi mamá me dijo que no hable con extraños. ¿Dónde está el bosque? Iba a casa de mi abuelita.

–¡Oh, Caperucita! Mucho gusto. Yo soy Roberto y mi amigo aquí presente, Eduardo. Éste es nuestro mundo, te hemos traído porque deseamos hacerte unas preguntas sobre tu vida, la relación con tu abuela y si ya te comió el lobo.

–¿Qué lobo? –inquirió Caperucita, enarcando las cejas.

De repente, desde la sala se escuchó la voz del padre de Eduardo, quien les llamó para almorzar:

–¡Chicos, apúrense que ya está servido! ¡Dicen que tembló!

Los jóvenes se miraron mutuamente, interrumpidos en su labor. Sin embargo se encontraban plenamente satisfechos de haber conseguido traer a un personaje completo y no la mitad de uno u otro, o de haberse equivocado de modo.

–Sabemos que eres una niña obediente. Quédate aquí mientras salimos. No te muevas –le dijeron a continuación y abandonaron el cuarto.

La niña observó la ventana y como es de esperarse, no resistió la tentación de escapar a través de ella para buscar la forma de llegar a casa de su abuelita. Comenzó su peregrinación sin rumbo por la ciudad.

Le llamaron la atención las casas desvencijadas, la gente que pasaba al lado de ella y la miraba como bicho raro por su caperuzita, el calor sofocante del verano y la fauna urbana. De un medio natural, pasó a una ciudad sin precedentes para ella; se sintió perdida a los cinco minutos.

—Oye chamaquita, ¿qué tienes en esa canasta? —preguntó un joven con gorra hundida hasta las orejas que se le acercó.

—Dulces para mi abuela, ¿sabes dónde está?

—Mira, si me das los dulces, yo se los llevo. ¿Traes varo?

—¿Qué es eso?...

—Que me des tu dinero *m'ija* —respondió el ladrón, sacando una navaja del bolsillo de su pantalón.

Al no traer ni un quinto Caperucita se quedó sin caperuzita ni dulces, hasta recibió un zape que le retumbó todo el seso. Si iba a encontrarse con un lobo, ¿no debía tener necesariamente colmillos y cola? Se quedó como una niña cualquiera con vestimenta rara, caminando por las calles sumidas en la oscuridad de la noche. Sus pasos la llevaron al parque Tomás Garrido, y vio allí su bosque perdido. Un cocodrilo asomó su cabeza fuera de la laguna.

—Oh, dulce pequeña, ¿qué haces tan solita a estas horas? ¿No ves que te van a robar? —preguntó.

—Oh señor, es que me perdí —respondió ella, derramando una lágrima gorda por su mejilla.

—Puedes venir a mi casa debajo del agua. Te prometo que te daré un pastelito y la pasaremos muy bien.

—Pero no sé nadar.

—Yo te enseño. Acércate a la orilla del agua. Vamos, no temas, ni que te fuera a morder.

Mientras tanto, Eduardo y Roberto se despedían tras haber pasado unas horas cansadas buscando a su invitada, caminando sin parar. Preguntaron a todo el mundo por ella, recibiendo negativas y muchos «tú *tas shisho*» como respuesta. A la mañana siguiente continuarían. No podían permitir que la línea temporal del cuento cambiara, pues podía afectar incluso al suyo.

—¡Tenías que dejarla sola! Ahora diles a tus crisis existenciales que te ayuden —le reclamó Roberto a Eduardo.

Durante casi todo el viernes trabajaron en la versión portátil de la máquina hasta conseguir una del tamaño de un reloj. Al hallar a Caperucita la activarían y la devolverían a su mundo. Casi al caer la noche tomaron una combi para reiniciar la búsqueda. Era una locura pero debían hallarla a cualquier precio.

Ella se había salvado de las fauces del lagarto, siendo rescatada por un curioso personaje que también se introdujo a nuestro mundo cuando los chicos no lo notaron. Él obligó al cocodrilo a punta de florete a volver a sus peces y a dejar en paz a Caperucita. No se trataba de un príncipe o de un caballero sino de un felino capaz de caminar en dos patas; poseía una vestimenta de colores y un sombrero con una pluma.

—Muchas gracias, señor gato. Es el único que se ha mostrado bueno conmigo. Mi mamá debe estar muerta de la preocupación. No sé qué hacer.

—Unirte conmigo, mi *lady* —respondió él.

Caperucita pasó la noche y el día siguiente en el parque

conversando con su nuevo amigo. En su corta estancia había ya reunido alrededor de sí un séquito conformado por los gatos que deambulaban por aquel lugar.

—Estoy dispuesto a llevar a cabo la rebelión por la independencia de mis camaradas. No puedo permitirles a los humanos tenerlos como simples mascotas. Les dan comida enlatada y los visten de forma ridícula. ¡Es una burla! ¡Nosotros podemos ser letales si lo deseamos!

—¡Miauuu! —respondieron al unísono los amotinados bigotudos.

Eduardo y Roberto alcanzaron el parque al anochecer. Allí convocaron a una aliada dispuesta a ayudar. Pronto se encontraron con la niña y saltaron de la emoción.

—¡Caperucita! ¡Es hora de regresar con tu abuela! —exclamaron agitando los brazos.

—¿Ellos son los responsables de tu infortunio? —inter vino el gato saliendo de las sombras—. Ahora sí van a ver, ¡rufianes!

Inmediatamente, una docena de mininos aparecieron de todas direcciones, maullaban de forma poco amigable y mostraban los colmillos. Los jóvenes pensaron por un momento que sería su fin.

—Pueden suplicar o morir, humanos nefastos —se burló el líder de la manada, mientras agitaba su florete.

—¡No tan rápido! ¡Tenemos refuerzos! —dijo Roberto, con la seguridad de un sargento.

Acto seguido, una joven de cabello negro, con vestido de colores, hizo presencia con un ramo de flores en sus manos. Entonó una canción tan dulce que los mapaches, coatíes, las garzas y el resto de aves nocturnas, comenzaron a acercarse a ella, saltando y volando de gusto.

La voz de la señorita fue tan sublime, que los felinos también sucumbieron y comenzaron a bailar olvidando las intenciones hostiles. Incluso, el Gato con Botas terminó cediendo.

En ese momento los chicos activaron la máquina portátil y mandaron a todos a sus mundos. Ya no les interesaba hablar con Caperucita, ¡sólo salir del embrollo! Antes que la cantante entrara por el portal recibió una manzana con caramelo, prometida como recompensa por ayudar, y se perdió para siempre. Los animales salieron del trance y se dispersaron entre cantos, maullidos y silbidos. La máquina portátil fue destruida a pisotones para que nadie más se colara. Al llegar a casa, desmantelarían la más grande.

–¿Qué hora es, Eduardo?

–Son las once de la noche y tenemos trabajo por hacer.

–Ya valimos –dijo Roberto, palmeándose la frente.

Ahora, ya sabida la extraordinaria historia de nuestros héroes, regresemos al principio, cuando los otros compañeros se retiraban a sus casas sin problema alguno.

–¿Y sus tareas? –les preguntó el maestro.

–No creería lo que nos pasó –respondió Eduardo.

–Oh, tráiganlo la próxima clase; ¡igual, ya tienen ocho!–concluyó el profesor que les daba clases de cuento aunque en realidad sólo escribía poesía.

## RELATOS DE TINIEBLAS

## EL NIDO

El pequeño Jorge Alberto Gómez despertó temprano ante el llamado de su madre, quien lo enviaba por las tortillas de cada día hasta la casa de doña Carlota. Era ya costumbre para él abandonar el mundo de los sueños por causa de un mandado; rezongar se había convertido en algo infructuoso. Aunque sólo contaba con cinco años de edad, la ajetreada vida en la comunidad Lomitas Tercera Sección lo había hecho prudente y tenaz para los quehaceres del hogar. Durante el camino, bajo el calor sofocante, mientras limpiaba el sudor de la frente, recordó cierta pesadilla de la cual había escapado de manera oportuna de su padre, Augusto.

Le vio acostado sobre el sillón sintonizando las comedias nocturnas que transmitía la televisión abierta. Sus pies estaban descalzos y llevaba un short color gris. La única luz provenía del aparato. La ausencia de su playera indicaba que la potencia del viejo ventilador de mesa no era suficiente. No recordaba la razón exacta por la cual había preguntado por su madre, pero sí la respuesta sin palabras de su padre, quien simplemente se sentó y abrió la boca. En ella, gránulos de carne blanca, brillantes y viscosos a la vista, cayeron uno a uno sobre el piso de tierra. La mente hizo el juego peor cuando la figura se puso de pie, extendió los brazos como invitando a un abrazo y mostró intención hostil. Cuando estaba dispuesto a ir sobre él, volvió a la realidad.

Las enfermedades son como las frutas: vienen por temporadas, pero a diferencia de las segundas que son esperadas con ansia y recibidas con las canastas abiertas, las primeras son motivo de rezo personal para evitar ser pescadas. En esa comunidad todo parecía lejos: la ermita, la casa de la abuela y principalmente, el centro de salud, que siempre estaba testado de gente que llegaba deseosa de eliminar sus malestares.

Jorge pateaba piedrecitas, sentía la nube de polvo introducirse entre sus sandalias y dedos. La gente pasaba a su alrededor y le ignoraba. Finalmente llegó a la tienda y pidió el encargo. Tras pagar y recibir el cambio regresó sobre sus pasos, pensando.

El sueño no era casual. Desde hacía un tiempo, papá se estaba convirtiendo en un monstruo a sus ojos. Se imaginaba el color rojo intenso de las erupciones en su piel, todas muy cerca las unas de las otras cubriendo casi toda la superficie visible de su cuerpo. Augusto, al darse cuenta de estos síntomas, consiguió una cita en el centro de salud que tardó tres semanas en conseguir. El día de la consulta le recetaron unas pastillas de paracetamol que nada hicieron contra lo que se había desatado. «No tenemos más medicamento. Esto al menos le servirá para el dolor de cabeza. Que se mejore pronto», había argumentado el galeno con una expresión tan fría como la desesperanza. Sabrá dios a cuántos desdichados les habría dado semejante sentencia.

En el aire no sólo volaban las plumas de las aves de granja que cacareaban sin cesar, sino los organismos que las parasitaban: ácaros y otros pequeños bichos. La temperatura era insoportable incluso dentro de casa y en la sombra; los habitantes eran capaces de pelear por los ventiladores sin

importarles lo que sucediera con su prójimo. Varios perros también eran víctima de esta enfermedad; se echaban casi en todas partes, se rascaban con sus patas traseras añadiendo al viento pedazos de sus pieles escamadas.

Para rematar, Inocencia, la vecina de al lado, poseía un negocio pequeño que consistía en la cría y venta de pollos y gallinas. De repente alguna saltaba la barda hecha con láminas oxidadas de zinc y terminaba amenazada con ser apaleada. A través del día su padre culpaba con crueldad a la señora y a sus animales, a quienes veía como aceleradores de su desgracia. Se estaba haciendo común notar el uso de sus largas uñas para frotar con violencia la parte interior de su antebrazo, sus muslos, pantorrillas, codos, muñecas, pecho y sus partes íntimas; todo por encima de la ropa, irritándolas más sin que eso le importara. Un par de ocasiones la profusión de esta actividad defensiva fue tal que un poco de sangre brotó y seguidamente se limpió con la ropa sudorosa.

Cómo pueden cambiar las cosas en cuestión de minutos; al retornar nuevamente a su hogar, éste parecía todo menos eso, pues sus padres discutían. Al parecer los pollos de la vecina eran de nuevo el problema.

—¿Cómo que tú no los mataste? —gritaba su madre—. ¡Si la doña vino súper emputada a reclamarme que anoche te descubrió en su terreno al escuchar el alboroto! ¡No mames Augusto!

—Ya está, pues, lo confieso. Sí, las maté, pero es por esos sucios pajarracos que estoy como estoy: sin remedio, ¡hecho un asco!

—Un asco eres desde el día que decidiste no quedarnos en la casa de tu madre en la ciudad. ¡Por eso nos quedamos

en este cuchitril! ¡Sabes cuánto te odio! Además, no tenemos cómo pagarle los cinco pollos que te echaste, ¡están a cien pesos cada uno!

–Con un carajo, ¡ya cállate Florencia! –Augusto le soltó un golpe a su esposa, directo en la mejilla. Ella cayó al suelo, desordenando en el descenso unos trastos sin lavar encima de una mesita–. ¡Ojalá te mueras maldita!

La mujer se apoyó en una mano para intentar levantarse y usó la otra para limpiar el hilillo rojo que corría desde sus labios. Sus piernas temblaban; un llanto se escuchó entrecortado por su respiración apresurada que mostraba terror. Era la tercera vez en la semana que un hecho así se repetía.

Jorge presenció esta escena desde la entrada de la casa, con la mirada perdida y sus oídos sufriendo por los gritos de su padre. En sus manos, el medio kilo de tortilla aún estaba caliente. La ficción de su pesadilla se había completado: su padre se había convertido en un verdadero monstruo.

\*\*\*

Augusto ya sabía que la puerta negra estaba remachada con tres candados; además no la abrían desde que tenía memoria. Había escuchado la misma letra alrededor de diez veces esa noche en la cantina que estaba cerca de casa. Reflexionaba sobre las formas de eliminar la molestia causada por la condición que tanto le aquejaba y había llegado a la conclusión de que la única forma de mantenerla a raya era bebiendo aguardiente desde el atardecer para olvidarse de todo.

Sobre el dinero para obtener el trago podía conseguirlo poco a poco de los ahorros de su mujer —los cuales sabía eran magros—, guardados en una cajita detrás del altar de los santos. Sólo bastaba con hurtar lo necesario para un par de botellas diarias y no lo notaría... ¿o sí? Daba igual. Lo único que temía era que se terminara.

Desde hacía dos semanas había logrado frenar su rebeldía a punta de golpes. Ya no la soportaba sus malas palabras en el trato diario, sus reclamos por ser sólo un reparador de calzado y llevar pocos recursos a la casa, aun teniendo en cuenta que se mataba trabajando mientras ella se encargaba de las labores domésticas; no sabía más que lavar, planchar y tragar. Del niño, mejor ni hablar.

Había perdido la cuenta de cuántos días llevaba el alcohol corriendo por sus venas, se olvidó del sabor de los besos de una mujer, los días de fuego ya no le ardían, aunque sabía que su piel estaba quemada y lo más importante: esos malditos bichos ya no jodían tanto.

Anterior al letargo inducido, los periodos de descanso entre ardor o comezón eran de máximo cinco minutos. Sobre sus antebrazos y pecho, quedaban cuatro caminos de color rojo debido a la fuerza aplicada con las uñas. Las heridas realizadas se secaban y formaban pequeñas costras color café que pronto eran removidas por los siguientes ataques de sus dedos. Corría a las moscas que se le acercaban, espantaba a los canes deseosos de lamer sus pantorri-llas mientras caminaba. La gente del pueblo comenzaba a mirarlo con menosprecio y lanzaba expresiones de rechazo. En muchas partes de su cuerpo comenzaba a desarrollar placas semejan-tes a escamas.

Su mujer no le había permitido dormir en el colchón

hasta que decidió que era demasiado; necesitaba su cama. Cuando lograba dormir sus sueños lo llevaban hasta quienes lo invadían y podía ver cómo abrían canales con sus bocas filosas a través de su epidermis, cómo se introducían, colocaban huevecillos grotescos y salían para realizar este acto una y otra vez; cientos y cientos de ellos a lo largo y ancho del cuerpo. En esas pesadillas podía darse cuenta de que no era más que un nido andante, una colonia viviente donde nacían nuevas criaturas que se desarrollaban y realizaban el ciclo reproductivo sin cesar, conquistando cada centímetro cuadrado de sí mismo.

Por eso, su rostro se remataba con un par de ojeras enormes y unos ojos con capilares reventados. Así embriagado, dormir dejó de ser también un problema. Ni el sudor ni la sensación de hormigueo general le impedían cerrar sus ojos y perderse en los nuevos abismos oníricos que se extendían frente a él. ¿Vivir? ¿A quién le importa?

—«Pinto» Gómez, ya llevas cinco tantos de trago y no has pagado ni uno —dijo de repente el cantinero, levantando de los cabellos la cabeza del perdido—. ¿Vas a pagar o quieres que te reventemos los granos a golpes?

—Sí, sí tengo... —entre hipo y eructos, Augusto buscó monedas en su pantalón, sin éxito— Creo que se me acabó güey... perdón.

—¿Perdón?, ¿perdón? —el cantinero sujetó al hombre por la playera, con furia—. Vete por donde viniste y no vuelvas. Si lo haces, te mataré, ¿oíste?

—Ya está pues... me voy, me voy por un tubo. ¡Adiós, bola de briagos hijos de la...!

El pobre ni siquiera pudo terminar su despedida, pues terminó con múltiples patadas en su trasero por parte de

los presentes y del raquíico guardia. Lo sacaron hasta la calle, los escupitajos cayeron sobre su espalda. Se limpió el polvo y se dirigió a su casa, rendido.

Al entrar a la habitación, su mujer dormía profundamente, abrazada a Jorge. Era de madrugada y sentía hambre. Tanto tomar había hecho que se olvidara cenar. Zaran-deó a Florencia. Ella no se inmutó, pero el niño sí despertó. La mujer no deseaba abrir los ojos pues sabía que su marido le obligaría a cocinar en ese mismo instante a pesar de no tener los ingredientes necesarios.

–Duérmete cría, a quien llamo es a tu pinche madre –espetó el hombre–. A ver vieja, ¡quiero unos huevos con harto chile! Si no te levantas ya sabes lo que pasa.

–Pero no hay chile en casa –respondió por fin la mujer, levantándose sin ganas. Su hijo miraba las siluetas desde la oscuridad–. Lo que tenemos es chicharrón de ayer, si quieres te doy.

Antes de que supiera qué sucedía, Florencia se sintió nuevamente en el piso. Una patada tras otra se precipitaba contra su estómago. El peso del odio estaba presente en cada golpe. El pequeño se acurrucó en la esquina de la estancia, gritando, pidiendo al cielo que el demonio que se hacía pasar por su padre se fuera para siempre. En un pueblo tan pequeño la gente prefiere no entrometerse en asuntos ajenos, aunque sí escuchar desde sus sitios, mascullando entre sí dimes y diretes que originan chismes a la mañana siguiente.

En un toque repentino de suerte, el equilibrio alterado del hombre le hizo trastabillar y caer junto al despojo que había sido una mujer. Se durmió inmediatamente. Ella lloraba amargamente, había tierra en su cabello, le taladraban

los gritos de su hijo; sentía latidos, ardor y punzadas en todas partes. Respirar era una agonía, probablemente tendría una costilla encajada.

Su paciencia no tuvo recompensa. Un sentimiento comenzó a cocer sus heridas: estaba harta, enfurecida, dispuesta a evitar a toda costa que ese infeliz volviera a ponerle una mano encima. Su hijo quedaría con un trauma permanente, sin duda alguna, se lamentaba tanto por eso. Se arrastró como pudo, se puso a gatas y abandonó el cuarto con rumbo a la cocina.

Había dejado el cuchillo cebollero en el trastero junto a los cubiertos. Era su oportunidad. Estaba recién afilado, así que podría funcionar debidamente. Sólo pensaba en tomarlo y hacerla su herramienta de venganza. Él nunca podría recuperarse de esa enfermedad que terminaría desolando al pueblo, pues muchos más comenzaban a padecerla. Era difícil para ella aceptar que a sólo unos kilómetros de la ciudad rebotante de modernidad ocurrieran unos hechos tan deplorables.

Tras un esfuerzo logró alcanzar el objeto por el mango. El niño continuaba en la habitación. Se escuchaban sus gemidos, los ronquidos de Augusto, el canto de los grillos, el aullido de algún coyote cercano. Se rascó su muñeca derecha y reinició el viaje de regreso. Que Jorge le perdonara por lo que estaba a punto de realizar.

## AÑORANZA

Es un miércoles 23 de abril. El año no importa tanto, pues los hechos narrados a continuación son invariables con el tiempo. Frente al palacio municipal de El Progreso se ha reunido más de la mitad del pueblo. Se escuchan diversos ruidos desde el interior: cosas que se rompen, gritos desesperados de hombres y mujeres, al parecer enredados en una frenética pelea. A la una de la tarde, el calor te achicharra la frente y hace correr grandes gotas de sudor por las mejillas coloradas. Estela observa fijamente la entrada del edificio, todos gritan eufóricos exigiendo la salida de la presidente. En las manos de los allí presentes se distinguen armas de diversos calibres, desde pistolas hasta rifles, que muestran un pueblo decidido a todo con tal de ser escuchado, mas no con palabras apacibles. Esto es un grito a todo pulmón. La mandataria tiene rendir cuentas por aquellas cosas que debe a las más de dos mil personas de la región.

—¡Ya la traen! ¡Ya viene! —exclama uno de los hombres entre la multitud.

La funcionaria sale a la luz desde la puerta principal del ayuntamiento, tomada por tres campesinos que evitan su posible huida. Su blusa está rota, sus cabellos alborotados, sus cuatro extremidades y su mandíbula no paran de temblar como si sintiera frío en medio del sofocante calor de la primavera.

La presidente es una mujer joven. Ha perdido un zapato en medio del caos y pocos pueden distinguir las lágrimas que brotan en su rostro aterrado, pues llora en silencio con las manos protegiendo su cabeza, esperando un poco de misericordia, lo cual es llanamente imposible.

–¡Maldita, asesina! ¡Muere perra! –grita Estela, una y otra vez.

Le siguen muchos más al unísono en un coro que causa pena a algunos y desahoga la ira en otros. No hay ya nadie a su favor, nadie desaprueba la crueldad, pues del mismo modo actuó ella durante todo su trienio. Las defensas de esta mujer hicieron bien su trabajo, pero estos han sido arrinconados y no estorban más.

La felicidad desapareció cinco meses antes cuando la última decisión de la ahora prisionera rebasó todos los límites conocidos. Esa tarde ahora tan lejana, Estela y Andrés su marido, se encontraban en su casa terminando de almorzar.

Ella pensaba irse a descansar a tiempo que tres golpes sonaron en la puerta principal, iniciando la pesadilla. Su marido se encargó de atender.

–¿Quiénes eran, Andrés? –preguntó Estela, casi susurrando, después que los visitantes se habían retirado.

–No sé qué decir –respondió su esposo, pálido.

–¿No me digas que eran de la presidencia municipal?

–Así es.

–¡Oh por dios!... ¿Qué querían?

Estela llevó las manos a su boca tapando sus labios. Cuando el viento lleva rumores de la gente puedes llegar a encontrarte en la circunstancia de comprobarlos tú mis-

mo. Este fue uno de esos casos y ojalá hubiera sido una inocente habladoría, pero no.

–Nos pidieron cien mil pesos mensuales. No sé qué vamos a hacer –chilló Andrés, sentándose en el sofá.

Se restregó los ojos, descansó su frente sobre sus manos entrelazadas. Ellos habían trabajado honradamente, codo a codo, durante seis años de noviazgo y más cuatro de matrimonio para salir adelante y darle lo mejor a Jimena, el tesoro más grande que tres años atrás la vida les había otorgado. Consiguieron una casa muy decente, un auto con el cual moverse, un patrimonio. Además del trabajo ordinario, la renta de dinero a socios y personas de confianza fue una herramienta muy útil para alcanzar tales sueños. Pero ahora estaban en la mira, al igual que otras familias del pueblo. Todos se habían encontrado cara a cara con un dilema sin precedentes.

Paula Rojas, presidente municipal de El Progreso había emitido un comunicado oficial transmitido por medio de las bocas de su personal de confianza, emisarios de su voluntad. Dicho mensaje iba dirigido a las familias como la de Andrés, quienes habían alcanzado una estabilidad económica suficiente como para ser llamados «los ricos» por medio pueblo. Señalaba que al formar parte de la sociedad donde se erigiría el nuevo rostro del municipio estaban obligados a formar parte del cambio, «compartiendo parte de su economía superior» a los más necesitados, comida a los hambrientos, otorgando carreteras decentes y paredes más fuertes a los edificios que poco a poco cedían ante la inclemencia del tiempo y la falta de mantenimiento. Para ello se les pedía una cuota mensual fija dependiendo de su nivel adquisitivo, la cual estaban obligados a cumplir sin

excepción, sin posibilidad de réplica. Los enviados sólo llegaban a la puerta de las casas seleccionadas, daban la noticia y se retiraban. El dinero sería entregado en el Ayuntamiento en fechas establecidas con una oportunidad de tres días como prórroga.

Era de esperar que existieran montos muy superiores para quienes poseían ranchos en los alrededores del pueblo, empresas medianas o campos de cultivo. Hasta los dueños de algunas tiendas de abarrotes habían sido seleccionados. La voz de la desgracia se propagaba como un incendio que destruía la tranquilidad y la paz. ¿Cómo pagar una cantidad exorbitante?

Por supuesto, todos pensaban que era injusto. No era secreto que gran parte de los recursos anuales enviados desde la Federación se iban directo a la bolsa de Paula Rojas, mientras la misma aseguraba que al ser un municipio pequeño habían sido olvidados por el país y dejados a su suerte. Así buscaba enmendar sus robos. A pesar de existir pruebas de todo esto nadie se atrevía a decir nada.

El Progreso no fue siempre así; daba altibajos, pero nunca había estado sumido en una situación tan deplorable. A varios kilómetros de las grandes ciudades todos deseaban hallar la oportunidad de prosperar, viviendo cada día con las calles rotas y el agua olorosa fluyendo de los grifos. Para muchos lo único que contrastaba la miseria era ver un amanecer limpio. Ante tantas promesas, la pequeña Jimena llegó a desear en su inocencia un gran McDonald's –como el de la capital– al lado del parque para divertirse mientras esperaba el almuerzo.

A la edad de veintidós años Paula se sentó por primera vez en la silla ejecutiva del H. Ayuntamiento. Pertenecía al

Partido Blanco, cuyos hechos y mal hechos le habían dado un historial poco confiable a lo largo y ancho del país. Algunos devotos a esta facción política habían llegado a la presidencia de la República, lo cual trajo épocas de inestabilidad. Su contraparte, el Partido Morado, era un poco más sensato y cuando obtenía la victoria no les iba tan mal. Uno o dos sexenios ganaban los blancos, después los reemplazaban los morados; el país vivía un vaivén en el cual se avanzaba a pasos de caracol. Las decisiones tomadas por una administración eran eliminadas por sus contrarios. Ambos robaban al pueblo, aunque unos menos que otros y sin tanto descaro. ¿Cómo se obtiene el triunfo de un grupo formado por conocidos patanes que cambian de rostro constantemente? El porvenir de millones de personas se subastaba cada vez más caro en el juego de las elecciones.

Régulo Rojas, su padre, era conocido en los alrededores por poseer una red de comercio de sustancias ilícitas distribuidas por todo el municipio, con cuyas ganancias adquirió una gran cantidad de cabezas de ganado, salió de viaje con su hija repetidas veces al extranjero y construyó una casa más bien parecida a un castillo a las afueras del pueblo, eso sí, para no verse tan seguido cara a cara con la tristeza. No se metía con nadie, excepto si tenían el atrevimiento de insultarle o «salir de sapo» con las autoridades. A los pobres valientes se los encontraba pronto flotando en el río, despojados de su cabeza.

El último proyecto de Régulo fue entrar a la política. Ya que su figura era controversial, la idónea fue su hija, rodeada toda su vida de la opulencia que la hacía sentirse superior a los demás, llegando a ser insoportable. Un día ante la sorpresa de todos, se reveló como candidata del partido

Blanco, teniendo como contrincante a Enrique Benítez, del partido Morado.

Todos estaban seguros del triunfo de Benítez, a todas luces sensato. Mostraba proyectos sólidos y respondía con bases los cuestionamientos a sus estrategias. Paula en cambio, usaba una retórica que dejaba mucho que desear, tartamudeaba en público y respondía con promesas de acabar con la corrupción, de llevar al municipio a las portadas de los periódicos más importantes del estado, etcétera.

Los blancos vendieron cientos de votos a una cantidad superior a las expectativas, dando una ilusión momentánea de prosperidad a las familias. Se rumoraba que don Régulo había sobornado con doscientos mil dólares —sí, ¡dólares!— al Instituto Electoral local. Además nadie deseaba ver rodar su cabeza.

El día de las elecciones fue muy normal hasta la noche, cuando se reveló a la virtual ganadora. Horas después, en la madrugada, fueron disparados cohetes desde la unidad deportiva y se realizó una cena privada para celebrar. Se sintió ira y, ante todo, humillación.

Enrique Benítez no se quedó de brazos cruzados. Al día siguiente organizó con los miembros de su equipo y con quien deseara unirse, una marcha que pasó por todas las calles. Se exigía investigar a fondo lo que se identificaba como un fraude restregado en la cara de la democracia.

Aunque muchos se unieron a la marcha y ésta salió hasta en las noticias, fue inútil. Paula fue nombrada alcaldesa y festejada con bombo y platillo.

Los morados pugnaron hasta el cansancio, cuando al año siguiente se hizo evidente la existencia de un enorme desfalco. La Administración de Electricidad cortó dicho

servicio en el Ayuntamiento. Mientras, Rojas se presentaba a «trabajar» a bordo de una camioneta de marca nunca antes vista en la región –pero añorada por muchos–, acompañada de cuatro guardaespaldas que vestían de saco, corbata y portaban armas largas. El calor dentro del edificio era sofocante, así que «la jefa» se retiraba a la hora, mientras el resto del personal estaba condenado a siete más. Muchos perdieron peso de inmediato. «¿Quieres bajar las lonjitas? ¡Métete a trabajar en el Ayuntamiento!», decían entre el coraje y la gracia. Por otra parte, la venta de sustancias indeseables se hizo mucho más común y el padre de la alcaldesa logró comprar un rancho nuevo. Al finalizar ese año, Benítez falleció junto con su esposa en un accidente automovilístico, en extrañas circunstancias nunca resueltas.

Ahora en su último año de funciones, todos, incluso quienes aceptaron vender su voto, perdieron la paciencia esperando las nuevas elecciones que se llevarían a cabo en algunos meses. Esta vez tenían fe de no ser tan borregos.

\*\*\*

Tras las visitas inesperadas muy pocos lograron acceder al pago de la cuota. La alarma alcanzó un nuevo nivel cuando se supo del secuestro de un niño, arrebatado de los brazos de sus padres mientras caminaban por un parque. El padre fue golpeado por un sujeto con la cara cubierta, mientras otro se llevaba a su hijo. Mario, de dos años, fue el primero de muchos otros que desaparecieron a lo largo de cuatro fatídicos meses donde se esfumó un total de ocho menores, entre los dos y dieciséis años de edad. ¿Quiénes fueron las

víctimas? Pues aquellas familias que no estaban en condiciones de satisfacer los ultrajes o quienes se negaron a aceptarlos.

Jimena se unió pronto a la lista. Salió a jugar un minuto sin avisar, comprendiendo poco el riesgo y jamás regresó.

Los corazones estaban rotos y las madres no paraban de orar. La desolación y el silencio se adueñaron de El Progreso. «¿Qué culpa tienen las inocentes criaturas?» Se preguntaban al imaginar un futuro incierto, pues los familiares nunca recibieron la ya conocida llamada que exige dinero como rescate ni se logró identificar a los criminales o autos donde operaban, pues siempre eran cambiados y carecían de placas, aunque se sospechaba de la identidad de los primeros. Esto generó una sospecha mucho mayor sobre oscuras intenciones. Al ocurrir el segundo caso, nadie más se atrevió a pasear con sus hijos, ni siquiera a llevarlos a la escuela. ¿Sirvió de algo esta medida preventiva? No. Más de una la casa vio violada sus defensas para ser invadida con una sola misión: la extracción de un infante bajo la amenaza de muerte a los padres o hermanos, si se les ocurría resistirse... en todos estos casos, la familia completa terminó siendo eliminada.

Desde el principio, se hicieron presentes múltiples denuncias. La espera sería muy larga. A través del viento, se propagaba el olor fétido a impunidad que reinaba no sólo en ese municipio, sino en todas partes. La nula credibilidad de Paula Rojas rebasó los límites cuando una mañana salió al balcón del ayuntamiento y dijo las siguientes palabras: «No teman, honorables ciudadanos, pensemos de manera positiva. Buscaré de forma encarnizada a los responsables de tanto sufrimiento en este municipio que riega sus cam-

pos con nuestras lágrimas. Los invito a pensar en positivo. Ellos deben estar vivos».

\*\*\*

Las noches eran interminables para Andrés y Estela. Apenas conciliaban el sueño; los días de trabajo eran poco satisfactorios y el alimento, tan amargo como el vacío anidado en las camas, en la mesa, en la ropa y los juguetes que ya no imaginaban con nadie. Una de tantas madrugadas Estela jugaba con una fotografía de Jimena, tomada cuando tenía apenas tres meses de nacida. Andrés intentaba descansar.

Gotas y gotas de lluvia caían sobre la ventana, pero eran ignoradas. De improviso llamaron a la puerta. Ella alertó a su esposo, quien se encontraba tapando su cara con la almohada. Pidió que la acompañara.

—¿A esta hora? ¿Estás loca? —se quejó él.

Tres golpes se repitieron en la entrada. Esta vez, Andrés también los escuchó. Decidió levantarse y averiguar, no sin antes tomar un cuchillo de la cocina. Firme, indicó a su esposa que no lo siguiera.

Abrió. El aire frío fue como una bofetada. No había nadie. Quien hubiera sido, subió rápidamente al vehículo que comenzó a moverse por la calle, desapareciendo del frente de su propiedad con los faros apagados. La poca luz y la lluvia no permitieron distinguir ni siquiera el color, placas o el número de ocupantes. Un escalofrío recorrió su espalda, estaba aterrado.

Un impulso desconocido hizo que mirara a sus pies. Allí, justo a un paso de distancia, había un paquete: Una

réplica de mayor tamaño, de la famosa cajita feliz de McDonald's, adornado con los mismos dibujos del comercial de televisión que publicitaba los nuevos bocaditos y la más novedosa línea de juguetes. Andrés apretó la mandíbula.

Pensó inmediatamente en Jimena, quien se habría alegrado, imaginando la sorpresa en el interior. Dobló sus rodillas y levantó lentamente la caja, algo pesada. No se atrevía a entrar a su hogar con aquello, ni tampoco estar más tiempo con la puerta abierta, así que la cerró tras de sí. Dio un paso a la noche y se sintió empapado. Con valentía y sin soltar el arma, abrió el paquete. Un segundo después, este salió volando por los aires y cayó a unos metros. El hombre se convirtió en sinónimo de repulsión, espanto, furia, tristeza, decepción. Se echó a llorar ahí mismo, acurrucándose en el suelo. Sus lamentos llegaron hasta Estela, quien fue a su encuentro rápidamente.

—¿Qué pasó Andrés? —indagó con el alma en un hilo, abriendo la puerta.

Él no podía escucharla. Ella se encontró con el objeto en el suelo y lo levantó, titubeando. A los tres segundos acompañó a Andrés en medio de gritos, pues los ojos de Jimena miraban los suyos, sin brillo, desde su rostro inerte.

Los pequeños comenzaron a aparecer en igualdad de condiciones y el río se quedó corto con el fluir de las lágrimas.

Por eso, cuando los padres se unieron para destronar a «la bruja», Estela y Andrés no dudaron en unirse. Poco les quedaba por perder. ¿Sus vidas? No eran tan importantes ahora, como ver a esa mujer fuera de su trono de sangre. Régulo Aparicio y varios de sus hombres fueron los primeros en ser asesinados por un grupo de cincuenta hombres

que rodearon su casa. Hubo también muchas bajas civiles. Balas por balas, filo por filo. Estaban hartos.

\*\*\*

Al llegar la noche del 23 de abril, el cielo se llena de estrellas. Las luces del pueblo no cubrían el brillo. La Vía Láctea se vislumbraba y llenaba de alegría a todas las almas congregadas, mientras las llamas hacían un cálido el aire que llegaba hasta sus rostros.

A algunos no les agradaba el espectáculo, pero otros aplaudían. En medio del fuego el cuerpo de Paula se convirtió en cenizas, justo frente al palacio municipal. Ellos no lo apagarían hasta que toda la carne se consuma. Sus manos y pies estaban atados a un tronco más alto que ella, sus pechos deshechos y la barbilla tocaban la madera, sus ojos reventados se elevaban hacia el cielo. El calor había sido avivado una y otra vez con chorros de combustible que muchos adultos, e incluso adolescentes, se encargaron de arrojar en garrafas de veinte litros.

—¿Qué siente alguien cuando se está quemando? —pregunta un niño de siete años a Andrés, quien está allí con su esposa.

—Acerca tu mano al fuego y sabrás. Es más, pregúntale a doña calaca —respondió sin abandonar la catarsis.

—Mira niño, no digas sandeces. Estás vivito y coleando, deberías agradecer; además, ¡el ayuntamiento por fin tiene luz! —interviene Estela, riendo hasta llegar a una carcajada.

La gente aplaude por el chiste. Todos se contagian de la risa.

## DESEO

Sentado frente a ti a la mesa se encuentra quien se ha ganado con su simple existencia la admiración sincera y el haberse clavado como ancla a tus pensamientos día a día, noche a noche, al grado que aunque algunas veces llegas a sentirte aburrida por tanto imaginarlo cuando no está cerca, lo seguirías haciendo sin cesar. Tu madre te ha educado bajo sus reglas, sabes bien que los vicios son innecesarios, excepto éste. Lo permites a toda consciencia, pues posee lo enervante del opio, lo relajante del cannabis y lo adictivo del mezcal, pero todo junto dentro de una solo saco de carne, hueso, cabello, ojos, bigote y una voz que da tanta confianza con sólo escucharla. El olor del pasto, la fragancia de las flores enaltecen este momento tan esperado; los arbustos cercanos se mueven al viento igual que tu cabello suelto a propósito minutos antes. Debes darle una dosis de hipnosis para un hervor recíproco. Ladeas tu cabeza y entreabres tus labios, sus pupilas se agrandan ante tu coqueteo.

Extiende sus manos pidiendo tus dedos blancos entre los suyos, morenos. Accedes inmediatamente mientras bajo la mesa, cruzas una pierna sobre la otra y mueves tus pies en el aire, bailando al ritmo de la música de tu alegría mostrada con una sonrisa de oreja a oreja, con lo enrojicidas que se han puesto tus mejillas desde que percibiste la firmeza de su piel.

El olor del pasto, la fragancia de las flores, enaltecen este momento tan esperado; los arbustos cercanos se mueven al viento igual que tu cabello suelto a propósito minutos antes. Debes darle una dosis de hipnosis para un hervor recíproco. Ladeas tu cabeza y entreabres tus labios, sus pupilas se agrandan ante tu coqueteo.

No necesitan palabras, todos los poemas escritos en el pasado y el presente se están recitando al unísono en este instante. Con el índice de tu mano libre tocas tu labio inferior, presionas un poco y deslizas hacia abajo hasta la base de tu barbilla. El efecto es acertado, ahora es tuyo.

De improviso, una voz conocida hace que te levantes instantáneamente de tu petate estando aún en el umbral de lo onírico y la realidad. Los vellos de tu antebrazo están aún erizados y sientes entre tus piernas un cosquilleo que se desvanecerá con el paso de los minutos.

—¡Consuelo! ¡Baja a ayudar con el desayuno, pero ya!— repite tu madre desde la sala, como un trueno que hace temblar los cimientos de la casa.

Es hora de comenzar el día. Como todos los demás, deberás ayudar en la cocina, caminar hacia el río cercano para lavar la ropa, quizá, atravesar el bosque hasta el mercado del pueblo en busca de ingredientes para las próximas comidas; el único sitio donde puedes ver al objeto de tu sueño, al menos desde lejos. En palabras de tu madre, esta es la forma de honrarla por haber edificado la gran reputación que tienes ante todos los conocidos, la de una hija digna con virginidad intacta, celosa de su moral en espera del marido con quien se quedará por el resto de sus días... un tiempo que sin duda alguna te parece insufrible. A tus dieciocho años estás consciente que «estando pasada de

tiempo», ella escogerá algún hombre de la región, o esperará que llegue alguien a pedir tu mano, sellando con esto tu destino; se lavará las manos en cuanto a tu cuidado y te deseará suerte de no ser dominada.

Eres noble. Jamás le has levantado la voz, siempre has obedecido, realizas todos y cada uno de sus mandatos. Leer y escribir es inalcanzable pero te conformas con un techo, con no soportar las lluvias sobre tu cabeza como muchos otros allá fuera, con el calor del fuego cuando la temperatura baja y te cala hasta los huesos. Eres considerada, un ejemplo para todos.

Recuerdas de repente a papá, te sorprende la falta que te hace desde que se fue años atrás, cuando apenas comenzabas a hacer uso de razón. Una ocasión fue embestido mientras cazaba venados haciéndolo caer con heridas de las cuales jamás se recuperó. Sentirte en sus brazos y ver por encima de los adultos era maravilloso. Él solía darte caricias, te enseñaba cosas, no daba tantas órdenes ni gritaba a diario. En fin, ya estás acostumbrada.

–¡Te estoy esperando! –vuelve a llamar tu madre. Esta vez abandonas tu habitación como flecha.

A tu alrededor y mucho más allá, las copas de las coníferas se alzan hasta el cielo, donde los dulces seres alados pueden posarse y explorar horizontes lejos de tu alcance.

\*\*\*

De nuevo en el petate. Esta vez, usas tu cobija para calentar tu cuerpo del frío colado entre las rendijas de los maderos que componen las paredes del cuarto. Los párpados duelen, terminas cediendo y los cierras. Bostezas irremediadamente,

cada músculo de tus extremidades se relaja y te acomodas en tu posición favorita. Mamá duerme también en su habitación. Aprovechas el silencio para pensar en todo, menos en lo ordinarias y ocupadas que han sido las horas del día.

Finalmente no te enviaron al mercado del pueblo. No pudiste dar tu paseo por el sendero del bosque, lo peor de todo, no pudiste ver a ese vendedor de frutas que tanto te hace volar la cabeza y el pecho. Allí, sentado en su sitio, dando una sonrisa a los parroquianos parece tan ordinario, pero al mismo tiempo misterioso. Has sido demasiado tímida, sólo te limitas a pedir los encargos de turno, no te has creado oportunidades. Aun así has llegado a imaginar historias donde ambos son los protagonistas... que se desvanecen de tu mente tan rápido como las creas. Además temes que pueda contestar indiferente, el trabajo desviaría su atención porque eres una más entre varios clientes; al menos sólo obtendrías una sonrisa rápida. De todas formas nadie más sabe tu secreto. Existe además otra cierta razón por la cual te has mantenido al margen... suspiras rendida y llevas las manos a tu rostro, presionando tus ojos.

De repente, escuchas a lo lejos una voz gruesa, como la de un hombre capaz de tumbar un árbol a puñetazos.

—¿Es esto la desesperación? —dice.

Un escalofrío pasa a través de tu médula espinal, de la cabeza a la punta de tus pies. ¿Habrà alguien espiando desde fuera? Te incorporas rápidamente en la penumbra y observas a través de la ventana. A primera vista no hay nadie. ¿Se habrá escondido antes que pudieras reaccionar? Esto es malo, puedes estar en peligro.

A la distancia un ave en vuelo se acerca saliendo de entre los árboles. Es un búho. El sonido de su aleteo es impercep-

tible, se posa en el alfeizar de la ventana ante tu sorpresa. La misma voz de hace un minuto se hace presente:

–No desesperes Consuelo, no todo está perdido.

Esta vez estás segura de algo: la voz provino del animal que tienes frente a ti y te observa con un ardor tan profundo como el cráter del Popocatepetl. Mueve su cabeza de lado a lado como apreciando tu forma y bate un poco las alas. Caes de espaldas atemorizada. Con tu mano, tapas el grito que se está escapando de tu garganta, pero no le quitas la vista a esta aparición ni un solo segundo.

–Sé lo que deseas, niña. Ambos sabemos cuál es el motivo de tus desvelos –dice el ave sin abrir el pico–, de que tus días pasen lentos como las estaciones cuando no hay nadie con quien apreciarlas. No es bueno estar sola, ni tampoco ser presa de un anhelo incumplido.

La luz de la luna que entra hacia tu espacio sólo deja ver la silueta del visitante, todo lo demás es una sombra de plumas que se inflan y sacuden. Guardas la compostura, tu respiración agitada cesa poco a poco y ese grito que deseabas proferir, muere sin nacer. Te has apaciguado pero tu asombro sigue intacto. Pellizas tu mejilla y sientes la presión en la piel, no estás soñando. Aún incrédula, te atreves a responder.

–¿Quién eres? ¿Cómo es que siendo un animal puedes hablar conmigo? ¿Cómo sabes lo que me duele?

–Yo conozco el dolor de todo el mundo pero sólo me intereso en quienes tienen una razón noble para sentirlo. Además, me acerco a muy pocos. Quizá puedes llamarlo... suerte. Soy mucho más de lo que ves, más que un habitante de la espesura que se dedica a asesinar roedores para

no morir. Hoy te he escogido a ti, puedes tomar o no una oportunidad que no volverás a ver en toda tu vida.

–¿Qué es lo que le duele a mi corazón? Respóndelo tú mismo.

–Lo estás pensando en este mismo instante. Lo puedes ver en tus sueños caminando hacia ti, con sus manos extendidas pidiendo tu abrazo. Podrías sentir ahora mismo el calor de su pecho en tu mejilla. Sé cuánto lo deseas y necesitas, que has permitido que este deseo te consuma el pensamiento noche tras noche, día tras día, mientras lo reprimas a cada instante por no ser valiente.

Una lágrima recorre tu mejilla y cae sobre tu muslo. ¿Será un ser divino?, ¿una prueba de la existencia de algo más allá de tu entendimiento?

–¿Puedes hacer realidad mi deseo?

–Yo no, pero conozco a alguien que sí, a cambio de un precio, claro está.

–No poseo oro ni plata.

–Nadie ha hablado de metales.

–¿Eres acaso un ángel?

–No todos los aliados son enviados por tu dios. Si tu respuesta final es sí, te esperamos mañana por la madrugada, cuando el reloj marque las tres. Ve hacia el bosque, intérnate hacia el oeste.

El visitante alado desapareció tan rápido como llegó. Se había desvanecido en el cielo como una gota de sangre que se dispersa en el agua. No hay palabras que puedan salir de tus labios ante este prodigio. Por ahora lo mejor es acomodarte en tu sitio, cubrirte de nuevo con la cobija y no pensar en nada, tan sólo esperar al retorno del sueño y entregarte a las horas que te restan por descansar... si lo logras.

\*\*\*

Madre duerme. Es capaz de respirar con la certeza de que estás haciendo lo mismo. La venta de tres gallinas ha dejado una cantidad decente de dinero para comer por unos días, puede sentir tranquilidad y esperar la mañana, deseando que sea provechosa.

Caminas lentamente sobre el pasto, las gotas de sereno mojan tus tobillos. Llevas sobre tus hombros un rebozo que cubre tu espalda, tu cabeza y parte de tu pecho. Así el aire helado no penetra de golpe tus músculos, aunque nada sería mejor como la cobija. Hoy el silencio reina sobre todo. Podrías escuchar incluso el latido del corazón de los roedores que duermen bajo la tierra, en sus madrigueras. Sobre tu cabeza cientos de estrellas te acompañan en el viaje. La luz de la luna y tu noble candil son tus guías al estar casi a oscuras. Los árboles te llamaban, el oeste delectaba tu nombre una y otra vez desde que llegó el alba. Ha sido muy difícil permanecer despierta durante los trabajos del día pues no has tenido reposo desde que el búho abrió sus alas, partiendo hacia lo desconocido. Hay tantas preguntas en tu cabeza que desean ser resueltas. Ojalá no desmayes y pierdas el rumbo.

La fragancia de los helechos y coníferas se introduce en tus poros, el bosque te envuelve con cada forma tomada por las sombras al ritmo del movimiento de los árboles. Entre esas formas puedes ver al gigante de tus sueños lejanos, al gato que un día se escapó de tus brazos, alguna bestia esperando el momento de lanzarse sobre tu cuello para oprimirlo con los dientes. Mueves tus pupilas de izquierda a derecha intentando descifrar lo que apenas perciben.

En algún momento pierdes la noción del tiempo y el espacio. ¿Cuánto has caminado entre los árboles?, ¿qué tan lejos estás ahora de casa?, ¿en verdad no has perdido el rumbo? El silencio te sigue persiguiendo, escuchas apenas las hojas rotas por tus pisadas y el choque de tus dientes titiritando. ¿Es que acaso este bosque está abandonado?

Un momento... ¿qué es eso? Tú no diste ese paso. Te detienes por completo y aguzas tu oído, no mueves ni un solo dedo. Escuchas nuevamente el crujir de las hojas. Oprimes la mandíbula y tus manos, la orientación que llevabas en tu mente se ha esfumado, pues frente a ti aparece un lobo mucho más grande de lo que pensabas que eran. No tienes idea de hacia dónde huir ni adónde llegarás si lo haces. Estás perdida, probablemente nadie te encuentre en caso de conocer la muerte. Podrías ser devorada ahora mismo y tampoco escucharían tus lamentos. Muestra sus dientes, de su hocico sale un gruñido que te entume la piel.

Se acerca un poco hacia ti, se detiene. La presión en su mirada es tan abrasadora como la del búho. Con una señal de su cabeza, ¿pide que lo sigas? El lobo comienza a caminar. Estás asustada y podrías estar imaginando, pero deja de avanzar al ver tu indecisión. Repite la señal; ahora estás casi convencida de ello, reanudas tus pasos con mucha cautela. Es curioso que lleven la trayectoria que habías olvidado hace un momento.

Tras unos minutos más percibes otras miradas desde ambos lados, entre las ramas y detrás de los gruesos troncos, incluso por encima de ti. No estás segura si tener a ese animal cerca sea señal de protección. De forma súbita el lobo se detiene. Alguien más se acerca.

Un hombre alto con túnica negra surge frente a ti. Una capucha sume su rostro en la penumbra. En su antebrazo derecho se encuentra posado el pájaro por cuya razón estás allí, quien al verte ladea su cabeza ciento ochenta grados, de modo que su rostro termina al revés; es espantoso. El hombre muestra la palma de su otra mano al lobo en señal de invitación. La fiera obedece sin dudar y lame la mano del desconocido.

–De modo que aquí te tenemos. ¿Sí sabes que en este momento ya no hay retorno, cierto? –dice el hombre, acariciando las orejas de tu guía. Su voz es suave, pero infunde respeto.

–Buenas noches –respondes con timidez, tus palabras se entrecortan–... El que me dijo muchas cosas anoche. ¿Quiénes son ustedes?, ¿cómo saben todo de mí? Y lo más intrigante, ¿por qué me han elegido?

–Él ya ha respondido esas preguntas. Estás aquí porque sigue latiendo ese anhelo, no te permite vivir en paz y has decidido alcanzarlo a como dé lugar. Por eso te atreviste a dejar sola a tu madre, arriesgando tu vida, cuando faltan algunas horas para el amanecer. Hoy te prometo, Consuelo, que te será cumplido. Los pueblos me han asignado muchos nombres a lo largo del tiempo, pero ninguno es el verdadero; es más, no los recuerdo. Sólo soy una entidad que habita este mundo, he estado aquí desde mucho antes que cualquier ser humano, y estaré mucho después que el último desfallezca ante la muerte. Me presento ante ti de una forma que puedas digerir con tus sentidos, pues de lo contrario, podrías llegar a sumirte en la locura. Te aseguro que en tres semanas o menos, ese hombre del pueblo estará rendido a tus pies. No podrá pensar en cosa alguna que no

seas tú; su compañía estará por el resto de sus vidas. Podrás disfrutar de su cuerpo, será sólo tuyo. Además serás libre lo más pronto posible para ir adonde desees, así que las razones para haberte convocado deberían ser irrelevantes.

¿Podrías conquistarlo al fin? ¿O él te conquistaría a ti? Ambas posibilidades son maravillosas, sobre todo la segunda. Recuerdas también la razón de tu falta de valor y el porqué de haber estado a punto de abandonar tus sentimientos en el baúl del olvido. Has visto en muchas ocasiones a una mujer y un par de niños pequeños que llegan para saludarlo, le llevan vegetales, cuentan las monedas. Los has visto sonreírse mutuamente con dulzura, intercambiar besos entre ellos. Él específicamente ha tomado la mano de esa mujer mientras escudtiña sus pupilas, en vez de ahondarse en las tuyas. La primera vez se te heló la sangre, pero el paso de las semanas sólo logró incrementar el amor que guardas al apreciar la ternura que se anida en el corazón del joven. Sin embargo, no te expondrías a tener el mismo destino de tu madre cuando tus abuelos paternos se enteraron de que estaba embarazada de ti y los echaron de la casa grande, llena de lujos que jamás conociste, condenándolos a los tres a buscar por sí mismos las oportunidades de sobrevivir, de sumirse en la pobreza. ¿Con la mujer del servicio? ¡Debieron enfurecer en proporciones titánicas! Por eso debes ser alguien de bien, además venerable. La blancura de tu piel quedó como prueba de esa unión. ¿Cambiaría este pacto que estás a punto de realizar, un final así para ti? Podría ser. Quien no se arriesga no gana ni pierde sino se sume en la incertidumbre.

–Por favor, dígame ¿cuál es el precio? –solicitas con firmeza.

–Será el mismo que le doy a todos aquellos que se comprometen conmigo. Necesito sirvientes leales, colaboradores y cómplices que lleven alrededor del mundo mi mensaje y el recuerdo de mi nombre olvidado en los albores del tiempo. Me amarás por sobre todas las cosas, harás ver a los incrédulos que vivo en todas partes. Tampoco debes preocuparte, pues el cobro se dará el día que partas de esta vida. Renacerás como una más entre los vivos, harás uso de tu tiempo en rendirme tributo y cuando llegue el juicio final estarás allí en alguna de las filas de mis huestes, para hacerle frente a quien me arrebató el paraíso.

–Si no interferirás en mi vida, acepto. He entendido tus razones; podría ser una buena mensajera propagando tu palabra, y soy muy activa en casa con mi madre.

–Te diré una cosa niña: con unas gotas de su sangre como sello, muchos han obtenido más que tú. Castillos, oro, plata, poder, incluso infinitud de hombres y mujeres a sus pies. ¿Vale la pena entregarte por algo tan insignificante? ¿Vale la pena darme tu alma?

–Respondiendo a eso, siempre he trabajado. Puedo conseguir el oro con el sudor de mi frente. Sin embargo, cuando llegue el momento en que mi madre me entregue, el resto de mi vida se transformará en un desperdicio. Es mejor tener a David para que me haga feliz. Dígame, ¿qué sería de mí siendo dueña de todo, pero no de sus brazos? No veo otra alternativa.

–Creo que me has asombrado un poco. Te daré una consideración al precio fijado. Todos aquellos que cumplen su promesa, van a mi reino a vivir y morir una y otra vez, rindiéndome culto con su amor u odio, atados a una cadena sin fin. Tu deseo es mucho más simple; te aseguro

que no irás a mis dominios; podrás quedarte en este mundo e ir adonde quieras. No obstante, pediré algo extra: ¿puedes levantar el vestido hasta tus caderas?

—¿Qué?

—Déjame ver tus piernas.

Aún confundida, llevas a cabo la petición. El frío acaricia tu piel y oprimes tus muslos uno contra el otro. Escuchas un gemido de satisfacción, que proviene del hombre.

—Las quiero. Quiero ese par de piernas para mí. Son hermosas.

—Pero aún soy virgen...

—Creo que he sido claro. He pedido tus piernas, no lo que hay entre ellas. Puedo satisfacerme con quien, donde y cuando quiera. Serán mías cuando exhales tu última agonia.

—Supongo que no las necesitaré en ese momento. Está hecho, acepto.

De entre sus ropas el extraño extrae un estilete. Con una seña de su mano te indica que no temas. Te pide extender un brazo y mostrar la palma. Esto arderá un poco, pero es tu deber, ya tomada tu determinación.

Sosteniendo tu muñeca hunde parte de la punta del arma en tu piel, lo suficiente como para hacer brotar un hilillo rojo. Inmediatamente las gotas son recogidas en un pequeño recipiente de vidrio que es llenado hasta la mitad. Tras terminar esto, quedas libre de momento.

—Es todo. Cuando lo desees, puedes dirigirle la palabra, seducirlo con tu belleza. La vida realizará el resto.

De este modo te inclinas un poco en señal de agradecimiento, con una mano puesta sobre tu corazón. El encapuchado y sus animales dan media vuelta y se desvanecen.

cen en medio de la neblina que invade el sitio entero, tan rápido como aparecieron. Con ello, regresa el silencio y la impresión de miradas profundas se esfuma. Pronto dejarás de sangrar, sólo debes soportar un poco y todo estará bien. El reboso se ha manchado, si no lo limpias antes de llegar a casa te expondrías a un interrogatorio.

Ahora debes darte vuelta y regresar por sobre tus pasos a casa, con la esperanza de no morir en garras de un depredador o extraviarte por siempre sin posibilidad de ser hallada. Antes de dar el primer paso recibes otra sorpresa, pues el equilibrio comienza a fallar, tu visión se nubla y buscas a tientas un árbol para sostenerte, pero sólo logras tropezar y caer de bruces al suelo. Una vez allí cierras tus ojos abatida en el sopor sin oportunidad de resistencia, exhalando un último aliento antes de perder el conocimiento.

Estando dormida, el tiempo es incomprendible. Sólo puedes medir su paso hasta abrir los ojos. Las horas han pasado, la oscuridad se ha retirado un poco. ¿Qué hora es? ¡Aún debes volver! Madre romperá en pedazos un leño contra tu espalda si te observa llegar sin explicación. «Chamaca malcriada, ¿a dónde te vas a meter?», diría mientras te lanza lo primero que encontrara a la mano.

Debes hallar un claro para poder apreciar mejor el amanecer y tomar ruta hacia el este; ahora que está cercana el alba, será mucho más fácil orientarse. Llega a tus oídos un sonido: es agua, debe haber un arroyo cerca. Si lo hallas y sigues, podría conectarse con el río principal y siguiendo nuevamente la corriente, llegarías hasta cerca de tu casa, en el sitio donde acostumbras a lavar la ropa. Así, comienzas a moverte.

Más pronto de lo que esperas, encuentras el río y muy cerca de ti, se encuentra tu destino. Has salido al claro donde al voltear a la distancia, se divisa tu hogar. ¿Algo o alguien te acercó mientras tu mente se encontraba dormida? Es imposible saberlo y esta cuestión es poco importante, comparada con la necesidad de apurarte a volver a tu lecho, esperar desde allí, la llamada diaria para comenzar la rutina, no sin antes, limpiar tu chal. ¿Dormir? ¿A quién le importa?

\*\*\*

Tu madre te envió de nuevo al mercado dos días después. Cabía la posibilidad de pasar cerca de donde entregaste el futuro de tu alma a una criatura que, en definitiva, no proviene del cielo ni de lo que se conoce como bondad. En el fondo sabías quién era y aun así accediste; pero no estabas del todo loca, pues al ver de nuevo a David, toda tribulación desapareció cuando te saludó con una sonrisa mucho más iluminada que sin duda lo mostraba alegre por recibirte en su puesto. Esta vez la cantidad de clientes que lo abarrotaba con regularidad brillaba por su ausencia permitiendo entablar conversación por vez primera y así, subir el primer peldaño de lo que estabas segura, sería la aventura más grande de tu vida.

La niña que en ti vivía se durmió en tu corazón cuando comenzaste a pensar en él, para dar paso a la mujer que lo conquistaría y lo haría completamente suyo. ¿Qué hay de aquellas voces que le llaman padre y la señora que lleva sus alimentos por las tardes? Ellos no son parte de tus planes y sólo ha bastado con evadirlos, con olvidarte de su exis-

tencia para concentrarte en los paseos con él a la orilla del río, explorando el mundo por él conocido, y que ahora te muestra. Las horas imaginadas junto a él, la felicidad casi imposible, es ahora real. Los sueños ya no son necesarios pues los vives cuando lo deseas. Es sublime, en dos semanas has logrado que sus suspiros sean para ti, que te busque, te extrañe, te desee. Puedes sentir su mano junto a la tuya y su calor invadiendo desde allí cada milímetro de tu cuerpo, casi a punto de abrasar el pasto que pisas con tus pasos.

A pesar del corto tiempo han remontado lo perdido. Caminan al atardecer para escapar de la monotonía, dan excusas sólidas a quienes tomaban las riendas de sus acciones. Cada ocasión es más satisfactoria que la anterior, te sientes a punto de reventar por tanto cariño. Te has atrevido a levantar tus faldas y ya no sientes pudor. Cada flor entregada termina en besos, hundes tus dedos en sus cabellos y acaricias su cabeza, convirtiéndolo en alguien cuya voluntad está regida por tus palabras. Cuando lo desees él abandonará a esos estorbos sin dudarlo. Tendrán la oportunidad de huir, formar una nueva vida, trabajar juntos. ¿Desde cuándo cambiaste tanto? ¿O quizá siempre fuiste así pero necesitabas una razón para ser libre?

Has visto tu rostro en el reflejo de las aguas junto al suyo, se ve mucho mejor que con aquella que habita su hogar. Tus ojos almendrados, tus labios enrojecidos tras los besos, tu cascada de cabellos que cae y descansa sobre tus pechos abultados, al margen de esos hombros anchos, de brazos gruesos por el trabajo diario, sus grandes manos que guardan las tuyas y su mirada llena de ilusión por comenzar un nuevo amor. Nunca has visto una obra de arte, pero esa visión es digna de ser retratada por los trazos de un

elegante pincel. ¿Madre estaría de acuerdo con esto? Ojalá se pudra en su intento eterno de reparar su pulcritud contigo. ¡No te arrebatará esto!

Hace algunos días en su andar encontraron una cabaña abandonada. Al parecer nadie la ha habitado en algún tiempo, quedando olvidada entre la naturaleza que comienza a reclamar su territorio. Esta noche, te encuentras escapando nuevamente de tu casa bajo el cobijo de las estrellas, y llegarás hasta allí para brindarle aquello guardado más que tu vida; tomarás por fin lo que te pertenece. No te preocupa perder el camino que ahora conoces a la perfección. Tu hogar ha quedado atrás y se ha perdido de la vista.

Cuando alcanzas tu meta, David ya está allí. Espera por ti, deseoso de tenerte. No hay plática previa; entran y abrazas su espalda, mientras él recorre la parte baja de tus caderas y te despoja de tus ropas, consumando poco a poco el acto. Te llenas de emoción y de sensaciones nunca antes conocidas. Todo está permitido, desatas las riendas de tus instintos. Este momento nunca será olvidado.

Existe un plan: en dos amaneceres se volverán a ver en ese mismo sitio, con las pertenencias más esenciales. Comenzarán un viaje sin retorno hacia donde la providencia los lleve y se encuentren seguros de los embates que los defensores de las leyes tirarán sobre ambos, buscándolos con ahínco para separarlos.

El sudor que les recorre la frente vale más que todo lo sucedido en los últimos años de sus vidas. El jadeo del amado sobre tus mejillas es porque está disfrutando la suavidad de tus muslos y tu cintura. Estás tan paralizada, el dolor bajo tu vientre es imperceptible. Pronto llega el momen-

to de reposar, aunque sólo un instante, porque deberán partir antes del alba, retornar a sus hogares por última vez. Ríes por lo bajo y cierras tus ojos sin soltarlo un segundo.

Debes mantenerte alerta al paso de los minutos. Por eso no tardas en escuchar muy pronto crujidos de hojas allá afuera, de modo que los abres nuevamente. En el mejor de los casos puede ser un animal, quizá un mapache o un venado. Casi inmediatamente, un golpe muy fuerte en la puerta levanta también a David, luego otro y otro hasta que esta se abre de par en par. No hay oportunidad de vestirse, ni siquiera de que él encuentre su navaja perdida entre las ropas regadas por el suelo.

–¡Malditos! ¡Mil veces malditos! –dice una voz femenina completamente enardecida–. ¿Crees que no sabía lo que estabas haciendo! ¿Y con esta escuincla? ¡Ahora sí te vas a arrepentir!

Conoces perfectamente la identidad de esa mujer, es a quien deseabas burlar. La has visto con desprecio en más de una ocasión. Tu propósito se ha ido al garete, estás ante un problema mucho más grande del que podrías escapar. Sudas nuevamente, pero por el terror que se mofa de ti; un escalofrío recorre tu espalda, de la cabeza a los pies. ¿Quién diría que resultó más inteligente de lo esperado? Esta vez sí estás perdida.

–¡Lucía! ¿Qué haces aquí! –pregunta estúpidamente el acusado, manoteando para detener cualquier golpe.

Todo pasa tan rápido. La mujer irrumpe, se lanza contra David en medio de palabras y maldiciones indecibles. Tan sólo puedes tapar tu desnudez con la sábana que él amablemente trajo para combatir el frío, acurrucada en la esquina, gritando una y otra vez como un cervatillo acorra-

lada por los perros. Tu garganta comienza a lastimarse en medio del forcejeo de los dos.

Lucía cae de bruces al suelo tras una cachetada, él se adelanta a tomar sus brazos e inmovilizarla, pero ella en un movimiento certero le clava en su estómago un cuchillo de cocina sacado de entre sus ropas. Tus dientes castañean, tus manos están temblando.

El mayor de tus anhelos y el único sueño hecho realidad cae inmóvil a un lado. La mujer retira el cuchillo de la carne y lo hunde cinco veces más, como cuando tú y tu madre preparan los pollos para el almuerzo y la venta. La lluvia se ha metido en tus ojos, se derrama sobre tus brazos y senos. Lucía levanta su cabeza, tambalea un poco, jadeando asustada también por su acto y ante toda lógica, llora desconsolada. ¿Quién no lamentaría la muerte de un ser tan perfecto? En segundos su mirada está puesta sobre ti y tira la primera cuchillada.

En ese estado tan vulnerable es imposible defenderte. Comienzan a arderte las manos y muchas partes más de tu piel. Un olor a hierro te produce arcadas. Fluye la sangre de tus antebrazos, tus muslos y moja la sábana. Tus lamentos se ahogan de tajo tan pronto como sientes la hoja de metal atravesando tu cráneo en el centro mismo de tu cabeza. Todo se oscurece inmediatamente. Apenas percibiste que ella empujó más de una vez para perforar más profundo.

\*\*\*

–Consuelo... Consuelo. Despierta.

–¿Qué? ¿Qué ha sucedido?

–Consuelo... levántate.

Abres tus pupilas con lentitud. Lo primero que puedes ver es el cuerpo sin ropas de una persona, acostada sobre un charco rojo. Amaneció. Notas sus heridas abiertas, vuelve a ti el olor a carne cruda que tanto conoces. No sabes cómo has llegado hasta allí, deberías estar en tu habitación acomodando tu petate o comenzando los preparativos para el desayuno. ¿Quién es él?

–Se hace tarde. Ellos vendrán –vuelve a decir una voz imponente como las copas altas de los pinos–, debes salir de aquí.

Te sostienes con tus manos, pero un dolor intenso te hace caer de nuevo. También tú huees así, tus cabellos están pegajosos y tienes manchas secas, de hecho, también estás muy herida.

–Sanarás con el paso de los días. Soporta y sé valerosa. Levántate y vístete, luego podrás bañarte. Sólo voltea, no te haré daño.

Das un largo respiro, giras la cabeza hacia la ventana. Allí posado, hay un búho enorme que esponja sus plumas y bosteza. Poco a poco te levantas, tomas tus ropas una a una. La amnesia se va esfumando a cada segundo, hasta llegar la lucidez. Entonces lo recuerdas todo y es aterrador. Lo último fue el golpe del cuchillo contra tu cerebro. Tocas con tus dedos y notas allí la hendidura que separó el acero.

–No te asustes. Has vuelto a vivir.

–Tú y ese encapuchado me mintieron –dices con suavidad, pero con mucha solidez–. Me prometieron que, hasta el fin de mi vida, él sería mío, seríamos felices...

–Hay algunas cosas que aclarar: él te juró sólo lo primero; lo segundo debía ser asegurado por ti. Mi amo sí cumplió su palabra y tú le debes ahora su respectivo pago. De

igual forma, no estuviste triste en ningún momento mientras estuviste a su lado.

–¡Maldita sea! ¡Malditos sean todos ustedes! ¡Nunca me advirtieron que acabaría tan pronto! –exclamas esta vez con toda la ira posible, oprimiendo tus puños.

–Lo acontecido aquí está fuera de nuestro alcance. En el futuro ambos hubieran podido fallecer por una enfermedad o quizá mucho antes, ajusticiados por el pueblo, por adúlteros. Sin embargo él te habría amado y seguido tu voluntad hasta el final de sus vidas, que ha llegado a manos de su esposa.

–¡A la mierda tu lógica! ¡Está muerto!, ¡muerto! ¡Revívelo también, te lo suplico!

–Siento mucho tus lágrimas pero no podemos hacer eso, pues su vida no forma parte del contrato que sellaste con tu sangre. Lo que harás ahora será vestirme y bañarte en cuanto puedas. Tu madre se ha dado cuenta de tu ausencia y en el pueblo este joven matrimonio no ha llegado a trabajar como todos los días.

–Esa perra... ¿dónde está?

–En muchas partes del bosque al mismo tiempo. El lobo que te indicó el camino esa noche ha saciado su hambre.

–Juro que me las van a pagar... te lo juro por David...

–Oh, pobre Consuelo... estás tan enfadada, mañana se te pasará. Quizá no lo sabes pero jamás podrías hacerle nada al amo ni a mí. Ahora corre, escóndete, porque la sospecha de tu relación con el vendedor se ha confirmado y a la condena que ya tienes, se le añadirá el de brujería, lo que te llevará directamente a la hoguera. ¿No ves acaso esas cuchilladas mortales en ti?

–Nos volveremos a ver, búho.

–Por supuesto que sí, niña. Pero antes de eso harás tu primera ofrenda a tu nuevo Señor de aquí hasta la eternidad.

Tan rápido como el ave termina su frase, abre sus alas y desaparece. Te arrodillas, tomas ese cuerpo inerte, razón de tu nueva pena y lo abrazas con todas tus fuerzas. Puedes ver entre las ropas la navaja que anoche él buscaba y la tomas. Obedeciendo a un nuevo impulso dentro de ti realizas un nuevo corte en su brazo, el cual no sangra. Al ver esto, tomas uno de los coágulos que no se han secado por completo y lo introduces en tu boca, ingiriéndolo.

–Alabado sea, mi Soberano –musitas con fervor.

Tras un segundo te horrorizas por lo que acabas de realizar; llevas tu mano a tu rostro con pesadumbre. Has sido despojada de todo, incluso de tu dignidad ante tus semejantes. Por último, tomas tus ropas y abandonas la estancia lo más rápido posible.

\*\*\*

Ha habido frío todos los días desde el comienzo de tu huida, esta tarde aún más. Por alguna razón los animales que representan un peligro para el resto, huyen de ti cuando los encuentras. Por si fuera poco tus heridas se han curado solas, sin necesidad de medicina, probablemente ya no eres siquiera un ser humano. Has escuchado a la distancia los bullicios de la gente buscando tu cabeza, has corrido demasiado, te encuentras exhausta. Tus ojos se han secado por tanto llorar, por recordar sin cesar esa felicidad frustrada... sólo queda olvidarla. Regresar a casa es inconcebible; las

posibilidades de ser aceptada nuevamente son las mismas a que el pueblo perdona tu traición a Dios.

Te encuentras sentada con la espalda apoyada al tronco de un árbol. No has encontrado otra villa, quizá has dado vueltas en círculos y no lo has notado. No tienes ni la más mínima idea de cuánto has caminado ni dónde vas a terminar. Sobrevivir con los frutos y carne de pequeños animales asesinados te ha servido para no morir por segunda vez –de algo ha servido esa navaja–. Has bebido las gotas de rocío de cientos de hojas cada mañana y la que se acumula en las ramas rotas, has perdido el río. A pesar de todo esto no te arrepientes de haber abandonado tu casa.

–Hey, Consuelo, ¿cómo has estado? –escuchas decir a una voz, desde las alturas en las ramas de los árboles.

–Oh, criatura del demonio, has regresado –respondes con una risa irónica. Tu voz es apenas audible.

–Ya sabías que nos volveríamos a ver. Es hora de trascender. Hoy te proclamarás como el ser que te convertiste al resucitar de la muerte, hoy comienzas a pagar la deuda pendiente. El amo me ha ordenado comenzar por tus piernas.

Sin previo aviso, un dolor en tu espalda te obliga a retorcerte en el suelo. El grito que desea exhalar tu boca cansada es apenas un susurro. Un par de protuberancias emplumadas hacen aparición desde tus omóplatos y se extienden, tu voz se pierde y se transforma en un gorjeo muy grave, similar a la voz del búho que, desde la distancia te observa detenidamente. Toda tu piel hierve de calor; te quitas desesperadamente la ropa haciéndola jirones por la desesperación y encuentras más plumas apareciendo en todas partes.

El ave baja de las ramas para observar más de cerca el espectáculo. Los dedos de tus manos se alargan, tus uñas crecen, se vuelven puntiagudas y filosas. Una fuerza espectral te obliga a hundir tus nuevas garras a la mitad de tus muslos. Aprietas con fuerza rompiendo tus fémures, desprendes tus extremidades y te retuerces en tu sitio, gimiendo y ahogándote con tu saliva. A causa del alboroto las aves emprenden el vuelo.

—Una vez a la semana te transformarás en esto. Volarás lejos, tal a como deseabas. Encontrarás sangre nueva en humanos recién nacidos, y la beberás a la salud del ángel de este mundo. Así, también repondrás lo que pierdas cada vez que te arranques las piernas. Este dolor que te aqueja pasará a la historia con la costumbre. Pronto aprenderás hechicería por tu cuenta. Bienvenida a la familia, hermana.

Inmediatamente comienzan a surgir llamas de tus piernas cercenadas, son tan intensas que las consumen en pocos segundos, convirtiéndolas en cenizas que vuelan con el viento. En medio del suplicio tu sed de venganza es satisfecha. Usas tus zarpas para atrapar al búho, esta vez no tiene tiempo de irse. No esperas ni siquiera un segundo, desprendes su cabeza del cuerpo, que queda en el suelo, aleteando en un intento vano por levantar el vuelo. Desde la carne viva del cuello un humo oscuro abandona al ave y se dispersa desapareciendo. Cuando ese ruin animal te aseguró que no podrías dañarlo estaba tan equivocado...

Té paras usando las manos y tus piernas dejan de sangrar. Eres un ser que vivirá hasta que se pierda la cuenta de los años, excepto si eres asesinada por segunda ocasión. Mueves tus alas y te elevas unos centímetros, aunque caes. Es normal, estás aprendiendo.

Té levantas nuevamente, repites la acción una y otra vez hasta que te elevas, alcanzando las copas de las coníferas más altas. La luna se observa a la distancia, mientras que, del otro lado, el sol se desangra para dar paso a la oscuridad. Inicias así tu viaje eterno. ¿Hacia dónde? No lo sabes ni por asomo. Sólo presientes que serás la responsable de un nuevo horror, serás la protagonista de nuevas leyendas que perdurarán hasta que el sol se oculte para siempre.

## SECRETO

Izquierda y aparece. Derecha y desaparece. Un pequeño agujero en la puerta de madera no permite distinguir mucho del otro lado, sólo la figura de Renata paseándose con una calma que desespera. ¿Cuánto más tardará en salir? Jesús la está vigilando.

Es porque él ha olvidado su teléfono en alguna parte del baño –el seguro está puesto– y la joven entró a bañarse y arreglarse un poco para pasar la noche en casa. En ese artefacto de su delirio se encuentran las pruebas de que no es el soltero que ella piensa, pues los mensajes románticos, fotografías y los archivos con Mary, están a un solo toque. En cada cita con Renata debe colocar una contraseña de acceso para asegurar su buena reputación, la cual desactiva al amanecer tras despedirse de ella y acordar la fecha del próximo encuentro.

Renata es una compañera que prevalece al tiempo y a otros cuerpos. Siempre vuelve, siempre se buscan a pesar de nunca haberse prometido amor ni metas en común. Las cenas o los paseos alrededor de la laguna no son dignos del recuerdo, sólo los momentos eróticos como el que está por desatarse. La antesala del lecho los ha visto decir «sí» una y otra vez, aunque nunca llegue un «sí» formal.

Su amiga es muy traviesa con él. Hace mucho se atrevió a enviar un mensaje a una ex novia suya, saludando y

deseando una hermosa noche, como un ser maligno cuya aparición es mal agüero. Con esto desaló un huracán que terminó con esa relación que no dolió tanto perder. No obstante esta vez se encuentra aterrado; aquello que se empeña en esconder y piensa apreciar ya lleva dos años de aparente estabilidad. ¿Cuál es la lógica en esto? ¿Qué provoca a Jesús regresar una y otra vez? La cintura y los pechos de su cómplice tendrían la respuesta pues cada vez, a punto de encontrarse, un relámpago incesante lo atraviesa. «¿Quién se puede resistir a una mujer que te deja exhausto, pero con ganas de más?»

Así está Jesús con la poca ropa perdonada por ella, su corazón a punto de salir proyectado al piso tras destrozar sus costillas, gotas de sudor bajando por sus sienes y los ojos bien abiertos. Respira un poco agitado, pide sin cesar en su mente: «no abras la repisa, ¡no abras la repisa!»

Está en peligro de nuevo, entre el paraíso y el apocalipsis. Por eso no aparta la vista. Cuando Renata está en el campo visual se siente capaz de calcular sus movimientos. Ella admira en el espejo su nariz recta, su tez morena. Pasa el peine por sus largos cabellos castaños; el semblante sereno de su compañera le da un aire de misterio. Toma un labial carmesí y lo pasa por sus labios. Un minuto después camina hacia la derecha, al interior del baño, desapareciendo. Se tarda más de lo esperado.

Jesús observa los cubiertos sobre el plato vacío que está en el buró, con sus bordes afilados y puntiagudos.

–Estoy loco. Eso jamás –susurra para sí.

Se da un manotazo en la nuca.

–¿Renata? ¿Está todo bien? –pregunta en voz alta.

A modo de respuesta la secadora de cabello se deja escu-

char. Jesús reflexiona ahora sobre su situación en el umbral de la desgracia. ¿Realmente necesita esas caderas anchas que se mueven en vaivén?, ¿de verdad necesita sus ojos negros, penetrantes hasta el suspiro?, ¿o su labio inferior que se muerde mientras ladea la cabeza y arquea su cuello suave a la vista, deseable de recorrer?

Divagando encuentra la definición de sí mismo vista por los demás: un hombre que aparenta entereza en carácter, con grandes conocimientos de su carrera, carismático, respetuoso con los conocidos y desconocidos; alguien de quien Mary se encuentra orgullosa y hasta podría gritar a los cuatro vientos «¡él me pertenece!»

Mary... ella es conocida por todos como una buena mujer, de sonrisa fresca y mejillas rosadas, ojitos almendrados, buena estudiante a punto de egresar del nivel superior. Ha aprendido a cocinar pastas con la cantidad perfecta de especias y sus respectivas bolitas de carne sazonadas, una delicia. Ríe con gracia, entiende sus defectos, a veces duda de sí misma, externa sus miedos y suele preguntar de más, quizá hasta el punto de la incomodidad. Sabe mover sus caderas sobre el colchón, las levanta estando de espaldas sin tela que cubra sus curvas mientras guiña el ojo. Sus piernas son un par de pilares cuyas pantorrillas resaltan, pero a Jesús le agrada probar más de un sabor a la vez. Él se las ingenia para responder otros mensajes en el momento oportuno, cuando ella no lo nota o se despista; todo con una maestría ganada con los años. Su habilidad para brindar atenciones y escuchar, hacen imaginar a Mary que está con el joven correcto.

«Renata, vete a casa, mejor no volvemos a vernos», piensa mientras ella sigue sin aparecer. No sabe cuánto

tiempo ha pasado, su reloj quedó también en el baño. Imaginar las posibilidades desfavorables penetra, desmantela su tejido cerebral hasta cesar su cordura. Ahora tiembla, suda a pesar de tener el aire acondicionado encendido.

«Mary no es la única –se dice a sí mismo–, siempre me pasé el concepto de fidelidad por los sitios privados del cuerpo, nunca me han llamado fiel. De la primera a la última no he tenido misericordia por ninguna; el dolor causado estira sus brazos y solicita mis manos tanto para ayudarse, como para matarme.

«Me gusta el olor de Renata, sus cabellos recién lavados, los vellos erizados ante mi aliento sobre su piel fresca, sus miradas furtivas, su risa que se adentra hasta el torrente de las venas, pero sin llegar al corazón, donde dicen se originan los sentimientos. Posiblemente ni siquiera los tenga, pues impera sobre estos, el deseo de palpar por debajo de la ropa, quizá hasta por debajo de la misma piel y conectarme por espacio de una noche, con la raíz misma de la existencia de la mujer.

«Pocas veces me encuentro conmigo mismo. Soy un ingrato, no he amado lo suficiente a pesar de haberlo sido. ¿Amar conlleva lealtad a un sólo cuerpo?, ¿o este concepto es una construcción social? Fieles los pingüinos y las orcas, los cisnes y las tórtolas. Nosotros no, quizá haya excepciones, pero no en el pensamiento. Mary también podría ser infiel, pero me ha demostrado un enorme cariño que merece una retribución de igual magnitud, y yo soy incapaz de corresponder.

«Soy un idiota. Las preguntas y celos de ella no son en balde, como si oliera mi deshonestidad. ¡Apesto! Cargo

una máscara que esconde retorcidas intenciones. Cuando la beso, ¿imaginará quién soy en verdad?

Renata vuelve al campo visual, parece haber terminado. Una toalla blanca cubre desde su torso hasta la mitad de sus muslos, lleva el cabello suelto. Está a punto de salir.

Jesús siente un nuevo escalofrío, se lanza a la cama para disimular y siente alivio. Ella abre la puerta y comenta con voz seductora:

—Espero no haber tardado... disculpa. ¿Quieres comer-te lo que ves?

La forma de su silueta arrebatada fácilmente el lado racional; lo ha dejado estupefacto y se olvida de toda tribulación. Cae de nuevo en el pozo sin fin de esa sonrisa asimétrica e inigualable.

—Eso pensé —se burla Renata, mientras desata el nudo de la toalla.

## LAGUNA

Soñaba con un barco. Navegaba entre las nubes y las cortaba con su proa, dejando una estela a su paso. Me encontraba a babor sentado sobre una banca, observando por debajo de mí las luces de la ciudad extendidas hasta perder la vista. ¿Quiénes dormirían allí? ¿Quiénes andarían robando el pan ajeno? ¿Quiénes imaginarían que, un durmiente los asesinaría a todos con su despertar?

Abro los ojos y esas imágenes se esfuman. Siento frío en todo mi cuerpo, encuentro mi sien derecha dentro de un charco, el filo de los guijarros presiona las palmas de mis manos. Muevo uno de mis brazos para comenzar a levantarme. Algunos animales huyen de mi espalda, quizá ratas. Sobre mí la oscuridad de un cielo sin estrellas. Me pongo de pie muy despacio, las rodillas duelen. Mi cabeza da vueltas, trastabillo y caigo de nuevo. Al parecer estoy en una ciudad, para rematar mi suerte en la zona más marginada. Detrás de mí se alza un edificio de departamentos. Hay una luz encendida en la segunda planta.

Un dolor se extiende por mi antebrazo izquierdo, una de mis manos está manchada de rojo y arde. Mi ropa también lo está. ¿Cómo llegué aquí?, ¿dónde estoy? Es más... ¿Quién soy? Teniendo en cuenta que soy una persona ya vivida podría tomar este momento como un segundo nacimiento. ¿Adónde se marcharon mis recuerdos? Quizá alguien en el edificio pueda ayudarme.

Por alguna razón este sitio me parece familiar. Camino despacio buscando la entrada del lugar. Alrededor hay otras viviendas. Encuentro la reja, la abro y me introduzco. Debo apoyarme en la pared para no caer. Mi meta es ese departamento allá en la segunda planta. Tras sólo tres escalones logro encontrar la primera puerta. Toco en dos ocasiones. Nadie responde, ni un ruido siquiera. Las escaleras parecen altas, infinitas. Sigo subiendo y ante mí aparece la segunda puerta. He llegado, quienes sean que vivan aquí, ojalá sigan despiertos. Toco de nuevo.

–¡Hey! ¿Hay alguien? ¡Necesito ayuda! –grito a todo pulmón.

Alguien debería salir a recibirme pero es inútil a pesar de mis siguientes intentos. Parece no haber esperanza para mí. No quiero seguir subiendo por las escaleras, más adelante, la negrura cubre todo lo existente como la boca de un lobo. Mi respiración se corta, es imposible continuar. Debo entrar en este sitio. ¿Qué es lo peor que podría suceder?

Giro el pomo de la puerta. Para mi sorpresa está abierto. Ahora puedo pasar. La luz me pega de inmediato en el rostro, cierro mis párpados unos segundos, como reflejo. Al abrirlas encuentro una sala conformada por sillones viejos, un poco llenos de polvo. El suelo es de concreto sencillo. Los focos cuelgan de sus cables, directamente del techo, sin base que los sostengan.

–Disculpen mi atrevimiento, necesito ayuda –digo en voz alta.

Cierro la puerta, doy unos pasos. Tal parece que sólo yo puedo romper la quietud. Puedo notar unas gotas rojas en el suelo, como si alguien hubiera derramado pintura.

Donde me encuentro puedo ver la entrada de la cocina, un baño y una sola habitación, que oculta su interior tras una simple cortina. Hay crucifijos y objetos religiosos colgados en la pared. Para este punto, concluyo que estoy solo. Podría explorar en busca de algo útil. Al llegar a la cocina, encuentro trastes apilados dentro del lavadero, el grifo gotea constante. En la mesa hay cajas de cereal cerradas con un clip para ropa, sal y agua regada en su superficie.

El refrigerador está algo oxidado, pero al abrirlo compruebo que aún funciona. Desde su interior me llega el olor de un par de platos de comida; el primero contiene carne cocida pero con mal aspecto, y el segundo, salsa de tomate. Han estado un largo tiempo allí, pues el caldo de la carne parece gelatina. De repente mi estómago ruge, mis intestinos se retuercen dentro de mi abdomen. Sin dudar lo un segundo tomo ambos platos. Consumo la carne sin importar lo desagradable de la experiencia. Tras unos minutos todo desaparece. Abandono los trastes en el fregadero junto al resto apilado en la esquina. Un insecto se arrastra en ellos, alimentándose también.

Mis pasos me llevan esta vez a la recámara. Al retirar la cortina, freno de inmediato. En el piso, sobre un líquido rojo y espeso, yace inmóvil una mujer de edad madura. Su sien izquierda está hundida, sus ojos abiertos se coronan con una lágrima seca. Aprieto las mandíbulas para evitar gritar y respiro con más rapidez. Poco a poco logro guardar la calma. Acabo de volver a la vida, es muy pronto para encontrarme con alguien sin ella. A unos centímetros se encuentra un martillo con su maza manchada del mismo líquido. Las camas son sólo un par de mantas con almohadas. Al otro extremo del cuarto la ventana está abierta.

Me acerco a ella evitando tocar con mis pies el cadáver. Así, observo desde allí el sitio donde desperté las estrellas que velaban por mí y la barda donde me apoyé. He llegado a mi destino, y no es nada grato. El mareo y el dolor de cabeza vuelven.

Un portarretrato sobre el buró muestra a la misma señora en otro mejor momento, con una sonrisa e ilusión en su mirada. Porta un vestido elegante y toma del brazo de un joven ataviado con saco y corbata. El marco y el vidrio están limpios, comparados con otros objetos de la habitación. Aquí, puedo ver por fin mi reflejo, aunque a medias. Un sobresalto me hace caer. La barbilla del hombre reflejado, sus ojos, su cabello y su boca, son iguales a las mostradas en la fotografía. No puede ser...

Tomo de inmediato el portarretrato y voy hacia el baño. Una caja con sus herramientas tiradas, casi me hace estrellar la cara en el lavabo. Encuentro un espejo roto y corroboro el hecho: yo soy ese joven cuyo brazo es rodeado por las manos alegres de esa señora muerta con violencia. ¿Qué lugar ocupaba en mi vida?

A partir de este punto debo hallar más respuestas, registrar este departamento, recobrar mi identidad, pero sobre todo, hallar a quien le arrebató la existencia a esa desdichada. Cualquier cosa podría arrojar una pista. Unas punzadas arremeten contra mi brazo derecho, encuentro un moretón.

Los cajones de la habitación resultaron contar sólo con ropa. Encontré también un rollo de billetes escondido dentro de unos calcetines. Nada de esto es útil. Voy a la sala, a los otros muebles y el librero. En las páginas de un álbum fotográfico, aparezco en varias edades de mi historia,

desde mi más tierna niñez hasta lo que podría llamar mi actualidad. En todas esas fotos me acompaña esa señora y un hombre corpulento y con una barba muy tupida. Por alguna razón deja de aparecer a partir de mi adolescencia. ¿Nos habrá abandonado? Miro también el paso de los años sobre el rostro de ella. Debió ser mi madre. A pesar de tener unos minutos de conocerla, un hueco se abre en mi pecho, uno tan grande como mis ganas de no haber despertado nunca.

Entre documentos logro descubrir su nombre: Viviana Cordero Martínez. Tras el librero extraigo un cuadro con un marco muy elaborado, oloroso a abandono y cubierto de telarañas. Guarda un título universitario con mi rostro. Me veo peinado, casi refinado. El nombre de Esteban Ruiz Cordero hace aparición bajo el texto «Lic. en Economía». Encuentro también varias solicitudes de empleo sin llenar, así como listas de posibles puestos de trabajo, la mayoría de ellos tachados.

Esta información es suficiente. Ahora debo salir, buscar ayuda en otro lado. ¡Gritar a los cuatro vientos que me ayuden a buscar al aborrecible asesino de mi madre! Quizá fue también culpable de haberme golpeado y abandonarme a mi suerte. ¿Por qué no le prestó dos veces la guadaña a la muerte para llevarme también a mí? Debo hallar justicia. Abandono este departamento, mi hogar perdido para siempre. Bajo las escaleras. Afuera todo sigue sereno, húmedo. Quizá soy el único que se interna en la noche, además de las alimañas rastreras.

—¡Mi madre está muerta! ¡La han asesinado! ¡Ayuda, por lo que más quieran! ¡Sé que hay alguien allí! ¡No me dejen así!

Mi garganta arde tras terminar este llamado de auxilio. Espero un minuto, inmóvil. Ninguna ventana se abre, ninguna luz se enciende. Este silencio tiene la dureza del acero, pues parece que nada pudiera romperlo. Las nubes tapan la luna, se han llevado la única claridad que acariciaba las heridas de esta existencia sin sentido. ¿Qué me pasó? En ese álbum parecía tan destinado al éxito, con tanta seguridad, con una sonrisa proyectada hacia el futuro. Mas ahora soy nada, soy nadie, ni siquiera puedo ser merecedor de un poco de humanidad. Cuando soñaba, navegaba sobre el infinito a bordo de ese barco... desearía volver a dormir, jamás despertar.

Por primera vez percibo actividad cerca de mí. Hacia mi derecha, en aquel callejón, la basura cruje. Las hojas se rompen, las latas de metal ruedan. Me acerco un poco, quizá logre encontrar a alguien que levante a mi pobre señora y le dé un sepulcro digno sobre el cual pueda derramar mis lágrimas atascadas.

Pero no parece ser alguien igual a mí, en absoluto. No logro verlo por completo pero su silueta es clara. Sus pies están doblados en ángulos y arcos, algunos dedos de su mano son gordos, otros, largos y delgados como la cola de las ratas. Su segunda mano es una lanza puntiaguda, cubierta de protuberancias palpitantes como quistes. Su cuerpo es torcido, su cabeza está ladeada, como si su cuello tuviera un daño permanente. Algunos animales corren de allí despavoridos ante esta presencia de más allá del infierno. Ahora exhala. Es un quejido de dolor de odio. Esa cosa asquerosa debe ser el autor de mi desdicha. Me ha encontrado. Lo presento... viene por mí. Me dejó allí, solo y herido para jugar después con la mente de su alimento antes

de cercenarle el cuello. ¿Por qué a nosotros?

Ha gruñido. Los dioses han escuchado mi ruego de regresar a ellos, pero no pensé que fueran tan graciosos como para enviar a semejante representante. Perdón madre, no podré reunirme contigo por ahora, no de este modo. La sombra se mueve, viene hacia aquí.

Intento correr, vuelvo a caer. Ya no soporto. Un trozo de materia viscosa y olorosa se ha embarrado en mi frente, mi mejilla, mis dedos, incluso entre mis uñas. Caigo un par de veces más, no puedo controlar mi equilibrio. Las pantorrillas tiemblan, mis dientes castañean. Debo levantarme, debo alejarme de aquí a como dé lugar.

Logro sujetarme a una pared con musgos. Ahora camino sin mirar atrás. Si no acelero el paso me alcanzará. Las pisadas siguen acelerándose. Parece admirar mi determinación predestinada al fracaso. He recorrido unos metros, no es suficiente.

Unos dedos han tomado el cuello de mi camisa. Me arroja al suelo, mi nariz se golpea contra una roca. Una descarga de calor recorre todo mi rostro. No puedo abrir los ojos a causa del dolor. Ahora tira de mi ropa, arrastrándome sobre el lodo. Esta vez mis gritos se ahogan con algo caliente sabor a hierro. Si antes no me escucharon, ahora es imposible. Moriré, moriré.

Un par de minutos después la criatura apoya mi espalda contra una pared. Me suelta y me deja allí, sentado. Hay humedad, el aire frío hace arder mi nariz. No abriré mis ojos. Si lo miro me volveré loco.

–Esteban, despierta –me dice una voz masculina.

¿Me habrán salvado?

–Esteban, despierta –repite la misma voz.

–Dime que todo estará bien –respondo, esperando renacer.

–Oh, pobre de ti. Ojalá pudiera decirte eso, pero estás tan perdido... sería lo mejor desaparecerte de este mundo de una vez por todas.

Reúno valentía y abro los ojos. Estoy en lo profundo de un callejón sin salida. Frente a mí, finalmente, un hombre. Es alto, sostiene un arma filosa. No puedo distinguir los detalles de su rostro por una nueva luz proveniente de las nubes; largas espadas las atraviesan y forman un abanico en llamas.

–Así como lo hiciste con mi madre, ¿verdad? —reclamo, débil. Un hilillo caliente baja por mis labios.

–¿De qué hablas? Pobre pedazo de mierda. Debes estar delirando.

–¿Todavía preguntas? Tú la mataste, maldito bastardo. Te vi, en realidad eres un ser deforme, lleno de tumores. Los demonios saben los nombres de los mortales. Tomas esta forma para engañarme. La encontré a la pobre, tirada en la habitación de ese departamento, con su cabeza hecha un desastre. ¿Por qué lo hiciste? ¿En qué te ofendimos nosotros? ¿Por qué borraste todos mis recuerdos?

–Pero qué cosas divertidas dices, Esteban. Yo no conozco a tu madre, y hace unas siete horas, tampoco conocía tu dirección. Es más, ni siquiera te conocía a ti. Has tomado tantas drogas que no sabes ni quién eres. No me sorprendería que le hayas hecho algo a... tu mamá.

–Eso que dices son farsas.

–Por lo visto no recuerdas nada de anoche, hasta las once y media.

–Desperté hace poco en la calle. No recordaba ni mi nombre...

El hombre pega una carcajada inspirada, arquea su espalda hacia atrás y lleva sus manos al estómago.

–Me presentaré de nuevo. Soy Raúl. Verás, anoche fuiste con Julio, uno de tus amigos, a mi casa. Sólo lo conocía a él. Comenzamos la fiesta. Fue alcohol, música, mucha hierba y heroína. Me sorprendió la cantidad que puede aspirar esa boca tuya, parecías una aspiradora. Alrededor de las once delirabas, como ahora. De sopetón lanzaste un puñetazo a uno de los chicos presentes. Él iba a devolverte el golpe, pero tu amigo te salvó el pellejo y logró calmarlo. Algunos decidieron irse tras esto, pues les habías arruinado el momento. Un rato después llegaste al límite cuando le propinaste un puñetazo en la cara a una de las chicas. Esta vez no pude permitirlo, así que los corrí a ti y a tu estúpido acompañante. Él, aceptando la responsabilidad se disculpó y estaban por marcharse hasta que tú te zafaste y te abalanzaste sobre mí. Saqué mi navaja y logré herir uno de tus brazos. Viendo el peligro saliste huyendo como una cucaracha acorralada. Cuando salí a buscarte habías desaparecido. Si pude encontrarte es porque a lo largo de las horas investigué tu dirección con cada uno de los allí reunidos. Algunos te conocían, pero sólo uno fue capaz de decirme la verdad, de traicionarte. Eso fue hace una media hora. Casi todos se habían marchado ya, así que los despedí y salí a buscarte. Imaginé llegar sólo al frente de donde vives, estaría vigilándote hasta verte salir alguna noche y acabarte, pero no pensé que eso terminara siendo tan fácil.

–¿Cómo puedo creerte?

–Vaya, esto es entretenido. Si miras tu antebrazo iz-

quiero podrás ver la cuchillada que logré darte. No es muy profunda. En el derecho hay un moretón causado por la inyección que introdujiste con una dosis de heroína. No me sorprende lo loco que estás.

Era cierto, tenía todas esas heridas. ¿Habría inventado toda esa historia al verlas en mí, mientras me arrastraba?

–Mientes...

–Puedes creerme o no. No me interesa.

–Sólo quiero justicia para mi pobre madre...

–Si es cierto que ha muerto, en serio, lo siento mucho por ella. No merecía alguien como tú, un fracasado refugiado en el vicio para olvidar su incompetencia. La joya de la corona de una familia perdida en el caño. Algunos me hablaron de ti pero sólo me diste lástima.

Cada detalle de lo ocurrido en el departamento se conecta como piezas de un rompecabezas. Todo encaja. Lo que dice este hombre tiene sentido. Cierro mis puños sucios entre mis cabellos y los jalo. Ya no puedo contener más la desesperación en mi garganta. El tal Raúl se tapa los oídos. Cuando mi aire se termina, aspiro y continúo con mi lamento. Merezco la muerte, merezco ese cuchillo hundido en mi corazón. Intento ponerme de pie, extendiendo mis manos intentando tomar el arma para usarla en mí mismo.

El hombre da unos pasos hacia atrás quedando fuera de mi alcance. Pronto mi garganta duele tanto que pierdo la voz. Grito en silencio, se ha colado a través de mí. Ahora soy una extensión más de esta ciudad.

–Pobre diablo –me dice, moviendo lento la cabeza, de lado a lado–, pensándolo bien, ni siquiera debería matarte, aunque me hayas golpeado en mi propia casa. Total, no sería la primera vez que hundo el cuchillo en el cráneo de

alguien, pero esta vez, paso. Te entiendo, ya estás muerto en vida. A ver cuánto más duras. Hasta nunca.

Raúl da media vuelta y camina hasta desaparecer de mi vista. Yo tenía razón, era un heraldo del diablo; sólo llegó para traer más desgracia a mi incertidumbre, más pena a mi duelo. Me resta acabar conmigo; esta vez buscaré caer desde más alto. Las estrellas del cielo han desaparecido. Ha llegado el amanecer pero no amanecerá más en mi alma.

## VUELAN DE NOCHE

« A ellos se les hace fácil. Culpan sin razón al primero que se les ocurre, sin bases. Luego se rajan cuando uno los enfrenta. Qué van a saber ellos de mi esposa, si es un alma de Dios. Se despierta desde temprano para comenzar el día, me prepara el desayuno antes de irme al jornal. Siempre que llego a casa y encuentro servida la comida, agradezco a Dios por haberla conocido. Esos malditos... cuando se mueran les va salir la lengua de tres metros».

Genaro no podía con el coraje. Bajaba la pendiente desde el mercado del pueblo, dando pasos fuertes mientras balanceaba de un lado a otro su morral con los vegetales del día. Alrededor de él, los pinos y oyameles se movían al ritmo de los vientos y el sol seguía oculto tras las nubes, igual que desde la semana anterior, cuando cayó la desgracia sobre el pueblo. Desde entonces su círculo dorado había sido arrebatado por el mal tiempo y las lluvias nocturnas lanzaban sus gotas como dardos enfurecidos contra los tejados de las casas, dejando frío y lodo por las mañanas.

–Vieja, dicen allá arriba que eres una bruja –anunció Genaro al cruzar el umbral de la puerta, mientras limpiaba sus sandalias sobre un par de tablas de madera.

–Esa gente ha de estar mala de la cabeza –respondió Cuauhcihuatl, su mujer, saliendo a su encuentro, secando sus manos con un trapo de la cocina–. Mándalos a ver si ya puso la puerca.

–Eso mero hice. Me fui de inmediato porque no voy a andar escuchando lavazas en boca de puercos. Bueno, mira, traje lo que me pediste.

–Oh, has aprendido a escoger mejor las verduras. Has avanzando mucho –lo felicitó ella, tomando el morral y regalándole un beso en la mejilla.

Acomodó sus negros cabellos delante de su hombro izquierdo, se dirigió nuevamente a la cocina, donde desapareció. Genaro había perdido la cuenta del número de hombres que había intentado conquistarla, desde su noviazgo hasta estando ya casada con él. Algo en sus ojos aguamarina y en su tez morena clara impactaba a quien la veía en su andar cotidiano. Cuauhcihuatl no podía ser bruja; si con sólo sonreír formaba una curva en sus labios que inspiraba confianza en el espectador; si había sido desde siempre una mujer de grandes valores, paciente, que sabía respetar su matrimonio.

Como se dijo antes, el pueblo estaba siendo víctima de una desgracia. Los lugareños comenzaron a colocar dientes de ajo bajo los marcos de las puertas y a dormir con crucifijos en sus manos, en actitud de protección durante los sueños. El primer fallecido apareció cinco días atrás. Fue un niño de sólo tres meses de edad.

Sus padres despertaron durante la madrugada, pues escucharon pasos en su hogar. El infante dormía en la misma cama en medio de los dos. De improviso, una fuerza desconocida le jaló las piernas y lo sacó del lecho en un instante. Los padres se levantaron inmediatamente, muertos de miedo, confundidos por no saber qué demonios estaba ocurriendo. No supieron en qué momento el llanto del bebé se escuchó a lo lejos, perdiéndose en la espesura, ha-

ciéndose más débil a cada segundo, hasta ser ahogado por la distancia. Un segundo sonido acompañaba a la tragedia: el grito de una gran ave de presa.

Pronto fue hallado entre la maleza tras una búsqueda que involucró a hombres y mujeres de todas las edades. Sus piernas y su brazo derecho fueron localizados más tarde. En su cuello, marcas de dientes estaban presentes y de acuerdo a la opinión del médico local, su sangre fue vaciada previamente. Los animales salvajes quedaron descartados pues de haber sido responsables nunca hubieran hallado los restos del niño. Además, no es habitual que se metan en las casas. Incluso las águilas y los búhos no poseen la fuerza ni la fiereza suficiente para realizar un rapto de semejante naturaleza. ¿Qué estaba sucediendo?

Desde entonces, tres pequeños más, incluida una niña, fueron secuestrados bajo el mismo método. Los padres dolientes testificaron que un cansancio insoportable los asoló antes del momento fatal, como si el destino estuviera sellado. Nadie podía dormir en paz. Por si acaso, los remedios religiosos de costumbre hicieron su aparición, aunque dadas las circunstancias era imposible confiar al cien por ciento en sus potestades.

Muchos de los ancianos recordaban sucesos similares en décadas olvidadas, gracias a vivencias relatadas por sus padres y abuelos, quienes culpaban a las brujas por aquellos asesinatos. Ellas, siendo sirvientes del enemigo del dios católico, generalmente se presentaban en la oscuridad con forma de aves para alimentarse de niños inocentes, consumiendo su sangre y carne para alargar sus días de vida y juventud sobre este mundo. Se hablaba también sobre ciertas habilidades ilusorias, siendo capaces de moldear a

su antojo los recuerdos y visiones de las personas. Estos monstruos poseen una segunda identidad humana, la cual muestran durante el día. Podían llegar a ser mujeres modelo, intachables, hasta demostrarse lo contrario. Nadie sabía, por tanto, quiénes pudieran ser las brujas, lo que desencadenó decenas de asesinatos en el pasado que no valieron nada porque jamás lograron acertar con firmeza. Las bendiciones de los sacerdotes resultaban inútiles.

Los días de terror se terminaban con muchos misterios sin resolver. Cuando menos se esperaba la bruja no volvía a aparecer, llenando de padrenuestros, avemarías y misas de agradecimiento a los pueblos atormentados que esperaban jamás volver a pasar por lo mismo. Muchas veces la desaparición de la bruja coincidía con la de alguna mujer del pueblo, descubriendo así sus identidades, aunque demasiado tarde pues jamás se las volvía a ver en ninguna parte. Ahora, esto volvía a repetirse.

Genaro conoció a Cuauhcihuatl cuando tenían catorce años de edad. Ambos solían jugar a esconderse tras los árboles y perseguirse. Una vez lograron subir hasta la mitad de uno de los cerros donde pudieron apreciar el pueblo a la distancia. Siempre había sido una mujer llena de alegría, servicial con su madre, pues al no haber conocido jamás a su padre, ella se encargó de su cuidado y demostraba así la merecida gratitud. El día de su boda fue algo sencillo pero inolvidable, pues él sabía que estaba decidiendo pasar el resto de su vida con alguien que demuestra cada día el cariño que le tiene, capaz de valorar su esfuerzo y trabajo diario en el campo. En absoluto, esas personas debían estar tocadas del cerebro.

Esa tarde regresó la tormenta a su hora considerada

ya como habitual. Genaro saboreó un caldo que llenó de calor sus huesos, mientras afuera, cada gota de lluvia caía como bala. Esto mostraba malos presagios. Esa noche alguien moriría.

Su mujer, sentada frente a él en la mesa, le mostró una tenue sonrisa.

\*\*\*

Tres golpes sonaron en la puerta de entrada.

–Genaro!, ¡Genaro! –llamaron con mucha vehemencia–. ¡Tienes que salir! ¡Ayúdanos!

Su sueño se vio interrumpido de inmediato. Saltó de su catre, se calzó rápidamente las sandalias, se pegó un par de cachetadas para matar el letargo y se dispuso a atender la visita inesperada. Faltaba mucho aún para el amanecer.

–No me diga... hay otro muertito –dijo el jornalero con ironía, cuando abrió.

–No se me haga el gracioso! –incredó don Clemente, anciano conocido en el pueblo–, debemos ayudar a buscar a una niña, ¡se la acaba de llevar el diablo! Su madre anda allá arriba, desesperada, ¡llora tanto que inundará la sierra! ¡Cinco meses, tenía sólo cinco meses! Trae cualquier cuchillo. Si agarramos a ese maldito monstruo, sólo Dios sabe qué le vamos a hacer.

Y así fue. El hombre llevó consigo un azadón y se unió a la campaña. Ya eran varios días sin dormir, no sabía ni cómo seguía con energías para trabajar. Esta vez la policía del pueblo estaba presente y lideraba la investigación llevada a cabo con lámparas y muchas voces. Se introducían a las profundidades del bosque, sin temor a las fieras.

La niña se llamaba Martha, sus padres juraban por todos los santos que habían colocado encima del petate el crucifijo bendito y los ajos recomendados por el padre Chuy, quien estaba tan estupefacto como afligido.

—Esos gritos. El llanto desgarrador del bebé, los chillidos de esa cosa... jamás los olvidaré. A este pueblo le hace falta mucha más fe —declaró el párroco, con la frente posada sobre sus manos, sentado en una de las bancas de la iglesia—. Ningún sitio parece ser seguro ni siquiera esta casa de adoración.

Y se echó a llorar.

Si logran encontrar después a la niña, había cero posibilidades de hacerlo con vida. En esos días pocos habían logrado descansar lo suficiente tras las penosas faenas que habían descubierto sólo cuerpos parciales. La luz del día llegó con el cielo encapotado, acompañada de las caras largas de todos los habitantes cuya fe se quebrantaba, así como los corazones rotos de una nueva pareja que perdía un ser amado. Las armas fueron inútiles de nuevo.

—Genaro... otra vez tu mujer no estaba contigo en casa —le dijo Celestina, una vieja chismosa—, ¿ves por qué todos sospechan de ella? Uno de estos días la van a salir macheteando en un cruce de caminos y no sabrás ni quién, ni cómo pasó. Desde que caímos en desgracia, ella no está contigo y vuelve en la mañana como una santa paloma.

—Mire vieja mugrienta, si le pasa algo a Cuauhchíuatl, estaré seguro de quién será la primera culpable. Todos saben que su madre es una anciana que vive en lo alto de las colinas, mi esposa va a dormir a su casa cuando puede para cuidarla. Es su única hija.

—Allá tú si le crees. Yo no confío tampoco en esa vieji-

ta. Uno de estos ratos deberías ir a verla allá a esa casa, no de día sino a mitad de la madrugada. Nadie se acerca por temor.

—¿Y entonces por qué tendría que hacerlo yo, vieja piruja?

—Porque el más cercano a ella eres tú, ¡grosero! Agradece que no estamos ya en los tiempos de antes, si no, ya anduvieras viudo —dijo Celestina antes de retirarse de su vista.

Genaro tiró al suelo el azadón con toda su furia. Estaba estresado, cansado, fastidiado, pero debía corroborar con sus propios ojos que estaba en lo correcto.

Se dirigió a casa de su suegra. Al llegar, ambas lo recibieron con una mirada que le dio cobijo a su corazón. Consuelo, la anciana, le invitó a pasar a desayunar; su hija había preparado café y el pan estaba servido en la mesa. Lo consolaron en la derrota y maldijeron a esas criaturas que provocaban tanto dolor.

Las razones de su esposa para dormir lejos de su casa estaban justificadas. Unas semanas atrás, Cuahucíhuatl le informó que su madre había caído con fiebres altas y necesitaría de atenciones. Cada tres noches, tendría que dormir en su casa, dada su avanzada edad. Le aseguró también que esto no sería permanente. No mucho después, cayó la ola de muertes en el pueblo. Sólo se trataba de una desagradable coincidencia.

La confianza que depositaba en ella era total, como cualquier buen esposo, pues era testigo de su amor en cada plato de comida, en cada tarde que lo recibía con alegría. Además, la relación de Genaro y doña Consuelo era mucho mejor que la de algunos conocidos con sus suegras,

quienes parecían odiarse a muerte por ser viejas entrometidas con el matrimonio de sus hijas, hasta el grado de querer influir en sus decisiones.

\*\*\*

El dato que doña Celestina le había puesto en la cabeza fue recordado tres noches después cuando sucedió el siguiente asesinato. El mismo caos, los mismos llantos, las mismas oraciones con fe perdida, la desesperación en su máximo apogeo. Algunas parejas llevaron a sus bebés a pueblos cercanos para dejarlos al cuidado de familiares y ver si sólo así ellos podían escapar de las garras de las brujas; sólo volverían cuando todo pasara, si es que había esperanza o Dios se apiadaba del sufrimiento. Su esposa había ido nuevamente a ver a su madre.

—¡No desistan, hijos míos! ¡La fuerza de nuestro Padre celestial es mucho mayor a la de cualquiera que ustedes se imaginen! —declamaba el párroco fuera de la iglesia, cuando llegó el alba— ¡No pierdan la fe como Job, y verán sus recompensas!

—¡Ayer por la tarde sólo encontramos el pie de uno de los niños! —profriró una mujer entre la multitud—. ¡No sabemos ni siquiera a quién pertenece! ¡Hemos sido olvidados!

La voz del sacerdote se quebraba a cada minuto. ¿Será que él también estaba perdiendo la esperanza? Si esto sucedía, ¿qué sería de todos sin sustento moral? El gobierno de la provincia, a pesar de las evidencias, no creía esos «cuentos de abuelas». Alegaba firme, que se trataba de un asesinato en serie, el cual sería encontrado pronto.

Genaro se hallaba sentado sobre un tronco con las manos puestas en su frente. Había dormido solo nuevamente. Esta vez no llegó nadie a reclamarle lo mismo de siempre; de haber sucedido, habría lanzado un golpe sin pensarlo dos veces. Estaba hastiado, debía descansar, los ojos le pesaban y la cabeza le daba vueltas. Si bien, ella había participado en alguna de las búsquedas desde el mediodía hasta la tarde, casi todas sus partidas coincidían con una desaparición. ¿Sería cierto? Debía hacer algo, pero ¿qué? ¿Vigilar y seguirla la próxima vez? Al observar el pandemonio a su alrededor tomó su decisión de inmediato.

\*\*\*

Ni siquiera la luna se salvaba de la obstinación de las nubes de ser tan espesas. El viento soplaba con fuerza susurrando los nombres de todos los perdidos y en alguna parte, algún búho chillaba. El número de velas encendidas en las casas hacía parecer al pueblo como un enorme cementerio, tan triste durante el día, lúgubre por las noches. Muchas plantas crecían gracias a las lágrimas derramadas. Los hombres que montaban guardia no se explicaban cómo en el momento de los ataques quedaban incapacitados por completo. Algo en el ambiente cambiaba la percepción de la realidad, un sopor desconocido caía sobre ellos cuando menos lo esperaban, que terminaba sólo cuando el alboroto y las exigencias de la gente comenzaban.

Cuauhčíhuatl había salido de casa una hora atrás, antes de la llegada de la noche. Sabía dónde encontrarla. Jamás tocaría la puerta, ni daría atisbos de su presencia. Se escondería bien y miraría por las ventanas de vez en cuan-

do. Podían ocurrir muchas cosas y comprobaría sus teorías dependiendo del curso de los hechos: si ocurría algún incidente y ella se quedaba en casa con su madre hasta el amanecer a pesar de toda la movilización, significaría que su deber es más grande que todo, incluso más que un sitio donde sus habitantes se están hundiendo poco a poco en el infierno; de esta forma también demostraría su inocencia. De no ocurrir nada y ella realizara sus labores sin tregua, podría quedar algún atisbo de duda, aunque seguiría siendo inocente. No quería pensar en la tercera opción viable... no podía caber en su mente.

Así, salió de su hogar. La noche sería larga.

Al llegar a su destino la casa se mostraba tan apacible como de costumbre. Se colocó en su posición debajo de una de las ventanas y se dispuso a espiar. Lo primero que observó fue a doña Consuelo acostada en su cama, sorbiendo cucharada tras cucharada alguna sopa preparada por su hija. Gracias a la vida su semblante mostraba signos de mejora. Su esposa iba y venía con paños húmedos que colocaba en su frente mientras le susurraba cosas a su oído. La señora sonreía y acariciaba sus manos.

Esperó algunas horas hasta que las mujeres se acostaran a descansar. Las luces se apagaron y todo quedó en paz. No obstante, él no se iría de allí hasta el amanecer. Había perdido la cuenta del tiempo transcurrido. Era imposible calcular la hora, sólo bastaba esperar, esperar, esperar. Cerró sus ojos un segundo para reposar su vista cansada. Allá abajo en el pueblo parecía no pasar nada todavía.

Un momento después un ruido lo hizo despertar de inmediato. Provenía de más arriba, de la espesura, más negra que boca de lobo. Las plantas se movían, las hojas crujían;

algo caminaba a través de ellos, mas no se acercaba a él, sino que se internaba en lo profundo. La valentía de la cual había hecho acopio a lo largo de las horas debía servir. Algo dentro de sí lo obligaba a investigar. Mientras en la casa todo seguía igual. Se puso de pie y subió hacia el bosque procurando todo lo posible no hacer ruidos innecesarios, dar sus pasos lentamente, no perder la orientación, hasta pausar su respiración. Por varios segundos la aprensión de ser descubierto lo asoló. Pronto la maleza cedió y un claro hizo aparición frente a sus ojos, había llegado a la cima de la colina. A la distancia, al centro del amplio espacio con un pasto muy bajo, se encontraban dos figuras que tardó un poco en reconocer.

Logró esconderse en un sitio donde las veía perfectamente, pero no ellas a él. Como una flecha una mala corazonada atravesó su cabeza. Si eran quienes imaginaba, toda la percepción de su realidad se haría añicos en cuestión de segundos... y así fue. Pronto, una cabellera negra revoloteaba junto a las hojas que pasaban a su lado, un largo vestido negro ondulaba de igual forma. Frente a la primera figura, una más baja, ostentaba un vestido similar, su cabellera era gris como esas nubes que no permitían admirar las estrellas.

Genaro llevó una mano a su boca para evitar un grito que lo hubiera puesto en peligro. Sus ojos no podían creer lo que miraban, no podía concebir ese instante en su realidad. Las mujeres comenzaron a danzar en círculo, teniendo como centro un montículo de rocas. Saltaban con pasos suaves, ondulaban sus brazos en diversas direcciones, se contorsionaban de modos imposibles para la resistencia de los ligamentos humanos. Unas llamas surgieron de las

rocas apiladas, una ligera columna de humo se elevó hacia el infinito. Pronto el fuego se avivó dando paso a una fogata muy viva que iluminó el claro. Las sombras formadas se conjugaban en visiones provenientes de algún lugar más allá de los sueños más tétricos. El silbido del viento traía consigo una melodía inefable, compuesta por alaridos agudos que subían y bajaban sus tonos. Una cosa era segura: un ser humano no podría proferir esos sonidos.

Una metamorfosis daba comienzo. Los dedos de las manos de ambas mujeres se alargaron y surgieron de la punta de sus falanges unas garras que semejabán guadañas. Esto parecía provocar molestia por los espasmos causados pero sería totalmente eclipsado por lo siguiente; Genaro voltearía su rostro para no mirar más.

Las mujeres se sentaron en el pasto, extendieron sus piernas y las arrancaron con sus propias fuerzas, desde la mitad del muslo. La figura de la melena negra, cayó de espaldas, retorciéndose, dominada por el inmenso dolor autoinfligido. En cambio, la segunda no se inmutó por esta acción. La sangre se esparció alrededor del fuego y se evaporó al tocarlo, los muñones de la primera mujer temblaban en espasmos indecibles; ella también necesitaba gritar. Tras algunos minutos cada una se encargó de echar al fuego sus extremidades cercenadas, las cuales se encargaron de avivarlo. El olor a carne quemada se esparció rápidamente.

Las mujeres se irguieron, se apoyaron con sus grandes manos en el suelo. Seguidamente se levantaron, extendiendo su espalda y la mitad de sus piernas de forma horizontal. Sus narices comenzaron a extenderse hacia el frente, formando un pico curvo como el de un ave de caza. Sus

ropas se dispararon en forma de ceniza, para revelar que, por debajo de ellas, por encima de sus pieles, surgían grandes plumas. En la espalda, un par de protuberancias crecieron a la altura de los omóplatos, se alargaron formando extremidades nuevas; un par de alas enormes. Ya no eran mujeres, éstas habían muerto para dar paso a sus verdaderas identidades: dos aberraciones que chillaban y gorjeaban, que movían sus alas preparando el vuelo. El brillo en sus ojos era blanco, dos círculos grandes capaces de devorar el alma de su objetivo con solo mirarlo.

Se elevaron primero unos centímetros, después, unos metros, y así sucesivamente hasta perderse en el cielo. Sus gritos se escucharon en todas partes y pronto, se perdieron a lo lejos. El fuego se extinguió en un santiamén.

Genaro intuía a la perfección adónde irían, de modo que salió de su escondite buscando su alma con la mirada, que había escapado de su cuerpo aterrada por la visión de ultratumba. Corrió colina abajo. Cuando pasó por la casa de doña Consuelo comprobó que se hallaba vacía.

Sin pensarlo dos veces, entró. No tardaría mucho. Al encender las lámparas de aceite se percató de inmediato de una portezuela en el suelo que, al ser abierta, revelaba un túnel que se dirigía al linde del bosque. La salida se escondía debajo de una alfombra tejida con hojas. Por allí habrían escapado anteriormente.

No había tiempo que perder. Debía avisar a todos lo que había presenciado. Abandonó la estancia y acto seguido continuó su carrera antes de que la desdicha cayera una vez más, si es que no lo había hecho ya.

\*\*\*

Las lágrimas del cielo comenzaron de nuevo su descenso. Genaro se preguntaba si el infinito se preparaba para recibir a un nuevo ángel. El lodo hizo aparición pronto, sus pies se mancharon por completo. En cuestión de segundos quedó empapado. Trastabilló y cayó en más de un par de ocasiones. El sufrimiento reinante en el aire lo estaba deprimiendo. Pronto el caos sumiría a todos en la locura, pronto podrían regresar los asesinatos de mujeres tan temidos por los ancianos.

Aquellas imágenes se quedaron clavadas en su cerebro. A cada paso, en cada gota de lluvia, podía ver aún las figuras pertenecientes a sus dos seres amados transformarse en aquellas aberraciones. ¿Qué eran realmente Cuauhchíuatl y doña Consuelo? ¿Cómo debajo de esos velos de pulcritud, orden y gentileza se había escondido todo el tiempo el génesis de un apocalipsis? ¿Desde cuándo habían perdido su humanidad? Su corazón estaba quebrado en mil pedazos; el aullar de los lobos a la distancia logró disimular el crujido de este en su interior.

Al llegar por fin al centro del pueblo, éste se encontraba muy silencioso, todos se resguardaban bajo techo. De repente, la parte trasera de su cabeza comenzaba a doler de forma punzante como si hubiera recibido un tajo. Decidió cubrirse también bajo las alas de la iglesia siempre abierta a la espera de fieles arrepentidos. Un par de minutos después dos hombres aparecieron a lo lejos. Otras personas hicieron aparición de todas direcciones. Se dirigían hacia él.

—¡Allí está! ¡No lo dejen ir! —gritaban algunos a todo pulmón.

Pronto se vio rodeado en todas las salidas y algunos comenzaron a entrar, se acercaban. Esto lo alarmó demasiado. ¿Qué estaba pasando?

–Por favor, sea lo que sea que haya pasado, ¡deben escucharme! –intentó pedir Genaro– ¡He visto y conozco quienes son las brujas!

–¡Nosotros también! –gritó un hombre detrás de él y dio un golpe contundente. No supo más de sí.

\*\*\*

Era ya de mañana cuando Genaro abrió sus ojos. El padre Chuy se encontraba frente a él sentado sobre una silla, con una mirada adusta. Una biblia descansaba sobre una mesita a su lado derecho y posaba su mano sobre ella. Se encontraban en uno de los cuartos pequeños de la iglesia. Mientras tanto Genaro estaba sentado sobre el suelo frío, sus pies seguían sucios y con lodo seco; sus manos estaban atadas tras la espalda. Un escalofrío lo recorrió de pies a cabeza. La puerta del recinto se abrió de par en par, de inmediato entraron su suegra y su esposa, acompañados por doña Soledad y don Gumaro –una pareja conocida por todos–, así como otro par de hombres que conocía apenas de vista.

–¿Qué hacen aquí? ¡Ustedes deberían estar en mi lugar! –gritó Genaro asustado al verlas–. ¡Malditas brujas, me mintieron! ¿Qué demonios pasa? Padrecito, le juro que yo soy inocente. ¡No sé qué es lo que estén pensando pero le juro por diosito santo que yo no fui!

–No digas sandeces, malnacido, que anoche te quisiste llevar a nuestro hijo –reclamó don Gumaro–. De no ser

por los hombres aquí presentes no quiero pensar lo que le hubiera pasado.

–Padre, estábamos durmiendo, cuando sentimos que el niño era jalado de nuestra cama –declaró doña Soledad–. Al despertar vimos cómo este animal rastrero intentaba llevarlo consigo. Apesta igual que anoche, a sangre y suciedad. No sé cómo no dimos con él antes.

–El cabrón quiso huir cuando los señores gritaron –atajó uno de los hombres, que se llamaba Fidencio–, de no ser por la pedrada que le dimos en la cabeza Juan y yo, se hubiera pelado con todo y cría. La pobre criatura cayó al pasto, aunque por suerte, fue suave el porrazo. No creo que después se ponga loco.

–¿De qué hablan? ¡Si yo vi a estas harpías alzarse como gavilanes para hacer sus porquerías! ¡Deben escucharme! –suplicó Genaro, comenzando a desesperarse.

–Hombre, a estas harpías que tú dices, las hallaron en tu casa en la noche –intervino el párroco–. Salieron a la calle tras el bullicio de tu captura y pidieron que te trajeran a la iglesia antes de que fueras apedreado por todos.

–Es imposible que yo sea quien ustedes crean que soy. ¡Si yo he ayudado a buscar a esos niños tras las emergencias! ¡Lo que acaba de decir este hombre no es cierto!

–¿Qué dices? Si en cada momento que se te necesitó eras el último en aparecer –señaló el párroco–. Yo confío en lo que vivieron los señores y en los testigos, dos aquí presentes, comparados con los veintitantos que son en total.

–Genaro, te amo infinitamente, pero lo de anoche está más allá de lo que puedo soportar –se lamentó Cuauh-cíhuatl–. Ver para creer, ¿no? Te vi después que soltaste a ese bebé. Yo misma escuché cómo cayó, y luego lo recogie-

ron todo mojado y sucio como trapo. ¡Creería todo de ti menos esto!

–Yo me quedé en casa... no puedo decir mucho –señaló doña Consuelo.

–No, esto debe ser un sueño... no puede ser verdad –lloriqueó Genaro–. Algo no está bien aquí. Para empezar señora, ¿se supone que usted está enferma! Su hija siempre va de noche a cuidarla a su casa. ¿Cómo se mejoró de la noche a la mañana?

–Este cabrón ya está hasta delirando, óiganlo nomás –dijo Juan, el segundo hombre–. Si la viejita siempre se la pasa en el mercado, vendiendo sus frutas. No sólo es un asesino, también está demente. ¡No quieras culpar de tus hechicerías a quien no tiene vela en el entierro!

–¡Qué! –exclamó Genaro, esta vez desesperado–. ¡Díganme que estoy soñando! Oye mujer, recuerda todas esas noches de dormir solo porque te vas a casa de tu madre... no puedes echarme de cabeza... ¡no puedes traicionarme tan vilmente!

–Genaro... tu suegra siempre ha vivido en tu casa desde que recordamos –apuntó el padre Chuy, muy extrañado–. ¿En qué mundo has vivido?

–Así es. Estás demente, estás embrujado por el demonio. Mereces morir por lo que le hiciste a todos esos pequeños inocentes. ¡Jamás te perdonaremos! –Juzgó don Gumaro, con furia en sus ojos.

–Que todo el pueblo decida qué será de ti. Anoche sentí compasión, pero ahora comprendo que es innecesario. No queremos volver a verte jamás, me siento tan defraudada –se excusó Cuauhcfhuatl.

Acto seguido, abandonó la estancia con su madre.

–Serás juzgado por el pueblo. No hay de otra –sentenció el párroco. Posteriormente se santiguó tres veces.

\*\*\*

Doña Consuelo y su hija no volvieron por él. No las volvería a ver. Nunca vio una reacción tan tajante por parte de ellas, quienes le habían no sólo mostrado, sino demostrado, tanta entrega, amor y respeto. Varias preguntas persistían: ¿Eran ellas realmente quienes conocía? ¿Dónde estaba la anciana que había caído tan de repente y su hija comprometida? ¿En qué momento su mundo –la realidad cuyos pedazos se guardaban sólo en su memoria– cambió tan radicalmente? ¿Cómo es que terminó con las manos atadas a su espalda en un madero, al tiempo que varios pobladores colocaban leñas secas y preparaban el fuego?

«Sólo alguien capaz de arrebatarse tantas vidas inocentes debe pertenecerle al diablo. A los brujos y brujas se les purga de todo pecado y se elimina su existencia de este mundo, ardiendo. Mañana habrá una fogata para iluminar este lugar». Esa fue la opinión apoyada por la mayoría de los asistentes al juicio público realizado el día siguiente en la plaza. Genaro fue declarado culpable sin derecho a réplica. No habría nada que lo salvara de dicha decisión grupal. Estaba acabado.

Aunque logró relatar su perspectiva de los hechos a pesar de los golpes y amenazas de quienes creyó buenos vecinos, no sirvió de nada. Ya no lo reconocían como semejante sino que lo calificaban de las formas más bajas.

Sólo Dios le tendría piedad. Cerrando sus párpados lentamente le pidió que el camino previo a la entrada de

su reino, fuera indolora y rápida, algo prácticamente imposible. La traición de su mujer y suegra le perforaba los órganos, mas fueron sus ausencias las que terminaron de romper su alma. Recordó los buenos tiempos, las sonrisas y los días de paz, cuando el pueblo no lloraba, cuando no existía ira. Sus lágrimas serían las últimas derramadas. Ojalá el fuego se encendiera pronto.

A su alrededor se concentraron todos sus conocidos, víctimas de la maldición. Guardaban homenaje a los que ya no estaban. Aquellos que llegaron a apreciarlo, oraban para que el lago de sangre donde caería su alma fuera de los menos calientes. El bullicio taladraba sus oídos y exigía el inicio del castigo. El padre Chuy se encargó en persona de encender los restos de arbustos y madera seca. Pronto Genaro sintió un calor que se iría incrementando con el paso de los minutos hasta arrancarlo de esa realidad que, a ciencia cierta, era producto de aquellas aberraciones. ¿Si moría, volvería a ese sitio donde cada tarde su mujer le dejaba una taza de café? Deseaba tanto volver... deseaba tanto no haber salido de su hogar en la madrugada; ojalá así sucediera. Un ardor comenzó a subir desde sus tobillos. Pronto su carne se convertiría en carbón. Antes que el fuego se lo impidiera miró al cielo por última vez y lo sorprendió una luna redonda y dorada, tras una eternidad. Su brillo caía de nuevo sobre sus cabezas. Partiría sin la oscuridad total que dejaban las nubes. Estaba seguro de otra cosa: ya no ocurrirían más muertes en el pueblo. Ahora sí estaba listo.

Al voltear hacia lo alto logró divisar un par de enormes aves de presa. Surcaban los cielos chillando tenue y se dirigieron hacia mucho más allá del bosque. Sus aspectos no eran los de un águila o búho común. En medio de su dolor

pudo distinguir risas burlonas. Eran ellas quienes se despedían de él con sus inmundas presencias.

–¡Miren! ¡Hacia el cielo! ¡Allá van las brujas! –gritó con sus pocas fuerzas, como un último esfuerzo de limpiar su nombre.

El resultado fue otra ola de burlas. Los verdugos colocaron más leña al fuego para que no volviera a hablar. Deseaban escuchar sólo sus alaridos, para que nadie más, nunca más, volviera a meterse con los hijos inocentes.

## MEMENTO MORI

En el estéreo sonaba un coctel de guitarras eléctricas y violines. Sebastián sentía mucha paz mientras observaba pasar rápidamente los matorrales más cercanos, y esta velocidad disminuía de forma paulatina conforme adentraba la vista hacia el interior del terreno hasta el horizonte, donde el panorama se mantenía casi estático. Su hermana Paulina iba al volante de su Mazda 2 color carmesí y a ella no le agradaba mucho la música en cuestión; sólo por tratarse de su hermano menor permitió poner el disco. Además ella tenía la vista fija al frente, así como sus sentidos inmersos en la carretera, por lo tanto, no era tan incómodo.

Sebastián sentía un poco de pereza por el hecho de recorrer ese largo trayecto desde la ciudad capital hasta su pueblo natal, ubicado a sesenta kilómetros de distancia. Paulina era la mayor de ambos, la más madura y diligente. Ellos siempre permanecían juntos. Habían ido a la ciudad por un asunto referente al nuevo trabajo de Paulina, como médico en un hospital de la región. Mientras ella estuvo ocupada, su hermano salió a pasear por allí a los centros comerciales, en específico a aquellas tiendas de juegos electrónicos, los cuales le gustaban mucho y disfrutaba durante las tardes tras terminar las actividades de la preparatoria.

Él admiraba a su hermana, por la mujer en la que se estaba convirtiendo, fruto de largos años de estudio. In-

tentaba esforzarse más cada día, siguiendo su ejemplo. Este sería su primer trabajo donde desempeñaría su profesión pues habían pasado varios meses desde que obtuvo el título correspondiente. En esos días conseguir empleo era difícil para todo el mundo, de modo que se sentía bendecida por ser aceptada. Los resultados de su entrevista días atrás arrojaron buenos resultados y la contactaron.

–El CD ha acabado –dijo Paulina de repente–. ¿Podríamos poner en sintonía la radio? Me gustaría escuchar las noticias del día. Como sabrás, últimamente han sucedido cosas graves.

Sebastián retiró del estéreo su preciado CD y lo introdujo en su caja. Abrió la guantera del vehículo y lo guardó.

–Gracias –expresó ella, sin retirar ni un instante la vista del frente.

Su hermano ya sabía de antemano su estación de radio preferida. Se escuchó estática por unos segundos, hasta que una voz femenina comenzó a hablar. Se trataba de informaciones sobre las próximas rebajas en los precios de frutas y verduras en una conocida cadena de este giro empresarial.

–¿Sabes quién es el locutor de este programa de radio? –preguntó Paulita tras una pausa.

–¿Cuéntame?

–Se trata de un veterano conductor de televisión. Todas las noches a las 10 p.m. le otorgaban su espacio en cierto canal. Estuvo muchos años, hasta que lo jubilaron. Y mira que el periodismo nunca muere; aquí seguimos en sintonía con él aunque sea por medio de su voz.

De pronto los anuncios terminaron. Tras una viva tonada musical el hombre del que hablaba Paulina reanudó.

«Hemos regresado gente. ¡Gracias por no cambiar la

estación! A continuación, debemos relatar algunos hechos mundiales importantes. El ataque con aviones caza de hace dos días en Seúl, produjo el rompimiento diplomático de Corea del Sur con su vecino del norte, de acuerdo a declaraciones dadas hoy, a las ocho de la mañana, horario local. El mandatario del segundo país no está jugando, cuando dijo que convertiría a la capital surcoreana en un infierno de fuego. Ayer mismo, comenzamos a ver en los reportes, las consecuencias de estos ataques en las víctimas ciudadanas y las afecciones en la infraestructura de la ciudad, cuyos costos han ascendido a millones y millones de wons.

«De acuerdo con la declaración del Jefe de Estado, nadie supo de dónde aparecieron los aviones hasta que las explosiones comenzaron. ¿Qué sucedió? ¿Los radares militares no funcionaron? ¿Los vehículos son invisibles? ¿Será que Corea del Norte ha desarrollado una tecnología capaz de desaparecer por completo sus naves, de los equipos de rastreo enemigos? Hace algunos años, se supo de aviones caza estadounidenses que desaparecían de los radares y debido a esto, se comenzaron a desarrollar tecnologías capaces de contrarrestar esto. Por ello, es posible imaginar que en alguna parte se haya desarrollado en secreto una ofensiva contra este candado de seguridad militar. Este lugar por lo visto debe ser Corea del Norte. Por otra parte los problemas pueden continuar.

«La diplomacia entre estos dos grandes asiáticos se ha mantenido en un estado de tensión durante mucho tiempo. ¿Cómo es que la cuerda, de por sí deteriorada, terminó por reventarse? Verán, esto no se emitió en todos los noticieros mundiales porque provocaría pánico en la población. Hace cuatro semanas, tres barcos pesqueros de Corea

del Sur rebasaron la frontera marítima, entrando como consecuencia en aguas norcoreanas. Estando a algunos kilómetros de la costa fueron interceptados por dos barcos del país vecino, quienes dieron sólo una advertencia de abandonar territorio, antes de que arremetieran con violencia contra ellos; los norcoreanos tenían instaladas ametralladoras de grueso calibre. Como respuesta, los surcoreanos mostraron marcada indiferencia y señas obscenas, por lo que los soldados cumplieron sus advertencias, dejando un saldo de cinco fallecidos y el resto de los tripulantes heridos.

«El país agredido emitió un comunicado por carta, en el cual se repudiaron las acciones descritas hace un momento. Se invitó a guardar la calma pues estaban dispuestos a aceptar una disculpa pública por parte del mandatario vecino, transmitida en vivo. ¡Cuál fue la respuesta!: Otra invitación al pueblo surcoreano a ver y escuchar dicha transmisión. Esto provocó cierto alivio. No obstante, llegado el día acordado, el mensaje resultó nada agradable, pues se recibieron amenazas de guerra y una advertencia, la cual afirmaba que ellos se preparaban para invadir en tiempo inminente. El alcance fue total en el país y las intenciones de mantener los conflictos en secreto se fueron al garete. Así, los medios mundiales comenzaron a dar cobertura a este hecho lamentable, en especial a la muerte de los pescadores.

«Corea del Sur no se quedó de brazos cruzados, aceptando las consecuencias de una pronta movilización militar de ambos territorios. ¿Les parece esta una razón para entrar en un conflicto bélico? A nosotros no, ni a Naciones Unidas, quienes enviaron hace dos semanas un comunica-

do a los agresores para mantenerse a raya, declarando su desacuerdo ante una decisión tan premeditada. Estados Unidos fue llamado en apoyo de Corea del Sur, ejerciendo sus buenas relaciones diplomáticas vigentes desde hace décadas. Curiosamente, esta es una de las primeras llamadas de auxilio por parte de este país al grande americano. El potencial militar en Corea del Sur es bueno pero no tienen mucho que hacer frente a las armas nucleares que se guardan muy bien en Corea del Norte.

«Inmediatamente después de la respuesta positiva por parte de los Estados Unidos, Corea del Norte emitió otro comunicado, esta vez dirigido a ellos: ‘Cualquiera que se entrometa en nuestros asuntos como nación, probará un poco del infierno en el que Seúl se convertirá, incluso sus otros aliados. Estamos dispuestos a lanzar ataques a otros países afines a ustedes, la gran potencia americana, para que aprendan para siempre que nuestras palabras no son en vano.’ Estas fueron algunas sentencias, que aclaran que el mensaje de Naciones Unidas les importa prácticamente un bledo. Oh sí, señoras y señores, algo me dice que estamos en peligro latente.»

–¡Creo que mejor cambiamos de estación! –sugirió Sebastián.

–Puedes quitar esa basura amarillista –respondió Paulina sin pensarlo dos veces.

–¿No es acaso tu favorita?

–Lo es, pero cuando los locutores comienzan a dar opiniones personales y a conjeturar, la objetividad de la noticia se pierde. Algunas afirmaciones son verídicas pero no debería haber razón para alarmar al público en general, tal como tú lo estás en estos momentos.

—¿A qué te refieres?

—Por favor, ¿es que no te miras en el espejo? ¡Estás más pálido que un zombi!

—Lo siento. Es algo en serio alarmante. ¿Y si todo fuera cierto? ¿Y si esas personas atacaran varios países sin motivo, sólo para advertir a Estados Unidos que deben mantenerse al margen de una guerra ajena?

—¿Dónde has estado los últimos 16 años de tu vida? ¿Acaso esos magnates no meten sus narices en cualquier conflicto con tal de mostrar su poderío militar y obtener ganancias monetarias de sus intervenciones?

—No en cualquiera, sólo aquellas en las cuales puedan ser beneficiados. Eso justo comienza a preocuparme, que hagan caso omiso a las advertencias nada más por orgullo. Deberían sopesar la situación.

—Mmm eso espero. Pero tengo una idea, ¿por qué no pones otro de tus discos de metal? Me sentiría bien con cualquier cosa. Sólo quiero llegar a casa, tirar el maletín y dormir una larga siesta.

—Generalmente no te agradan mis CD.

—¡Ay no seas pendejo! ¡Colócalo! ¡Ja, ja, ja eres todo un caso! —exclamó Paulina echándose a reír.

Sebastián ya estaba acostumbrado a la forma de ser de su hermana. Su ácido sentido del humor nunca se iba. Además, en el fondo estaba jugando. Hizo una mueca con la boca y se dispuso a buscar entre las cosas que estaban en la guantera.

De repente, su mirada se posó en el horizonte, a la derecha. Algunas cosas sucedían en el cielo. Para ser las seis de la tarde, este se mostraba muy encendido. Los colores amarillo, naranja y rojo predominaban a la distancia, una

luz mayor a la solar hizo brillar un punto en específico de las nubes.

–Sé que no puedes ver a tu derecha, Pau, pero no estaría mal que eches un vistazo –dijo Sebastián.

Su hermana volteó de reojo hacia la dirección que él indicaba –pero no dejó el frente como opción primordial–, corroborando el hecho. Enarcó las cejas mostrando sorpresa. Ella le bajó todo el volumen al estéreo, al parecer había un nuevo sonido en el aire; se hacía más poderoso conforme pasaban los segundos, podría describirse como una vibración de la Tierra misma. No dejó de conducir ni se detuvo. El resto de las personas a lo largo de la carretera también habrían notado este hecho.

–¿Qué está pasando ahora? –preguntó Paulina.

–Tengo mucho miedo –respondió Sebastián, con la voz un poco quebrada.

–¿Qué chingados está pasando ahora! ¡No puedo estar pendiente por completo del panorama!

–Un hongo. Se ha formado la figura de una seta. La parte superior parece un cumulonimbo. Ahora este ruido... no para. Los árboles se mueven cada vez con más fuerza.

Paulina se relamió los labios. Lo primero que pasó por su mente es que no llegarían a casa, que su madre se quedaría esperando el momento de verlos. Probablemente correría la misma suerte que ellos estaban a punto encontrar. Las manos de su hermano comenzaban a temblar a simple vista; las mantenía posadas sobre sus rodillas. Era evidente que ya se imaginaba lo mismo. Tras un suspiro logró decir lo siguiente:

–Sebastián, creo que vamos a morir.

–¡Qué! ¡No quiero morir! ¡Aún tengo muchas cosas

pendientes en mi vida! Terminar la escuela, decirle a Verónica que me ha gustado desde primer semestre.

La serenidad de Paulina era irrompible. Sus palabras, como lanzas.

—Eres una insensible —le juzgó su hermano con la voz más quebrada aún. Sus labios temblaban con cada sílaba dicha—. Eres una excelente mujer pero siempre has sido fría con los problemas que acontecen.

—Al parecer ellos dijeron «sí».

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Los estadounidenses... apoyan en estos momentos a los surcoreanos. Quién lo diría, el último momento de mi vida sería contigo, en mi coche, justo a punto de comenzar el inicio de mi independencia personal. Adiós a la comida de mamá; muy rica, pero casi instantánea. Sólo me levantaba de la cama y siempre estaba lista, servida en la mesa. Era algo mágico. ¿Sabes?, me imaginaba los últimos segundos de mi existencia dentro de varias décadas, quizá rodeada de mis seres queridos, mientras les dijera: «la suma de dinero que reuní durante mi vejez, estuvo destinado para mí misma, pero dejé una gran cantidad a todos ustedes por partes iguales. Por seguridad, la clave de la tarjeta está en mi cabeza y nadie sobre la Tierra la conoce más que yo, hasta ahora. La clave es...» y en ese mismo instante morirme dejando en todos un vacío existencial y un profundo sentimiento de «mierda».

Una sonrisa se dibujó en su rostro y una mirada de ternura se dirigió hacia Sebastián, cuyas lágrimas se derramaban ahora por sus mejillas. Esa visión, la del rostro de su hermano mancillado por la tristeza mientras a su derecha, el cielo completo sufría una explosión, se depositó en el

último rincón de su pecho. A lo largo de su vida ella no hizo tantas cosas prohibidas por la moral que le enseñaron. ¿Qué seguiría después de este momento? ¿Despertaría en los Campos Elíseos, o dentro de un lago de sangre hirviente? ¿Nacería quizás como un nuevo ser humano o animal en otra parte del mundo, mientras en este lado, miles más conocerían una nueva existencia desde cero? ¿O, su materia se convertiría en cenizas y todos sus recuerdos –su primer beso, el amor hacia su perro y su familia– se perderían en el olvido por toda la eternidad? Pero sobre todo, ¿qué pasaría con todos sus conocidos, su familia, amigos, pareja?

Los árboles cercanos de mecerse con furia pasaron pronto a ser arrancados de raíz y la temperatura comenzaba a subir de manera súbita, víctimas de una fuerza implacable. Todos los vehículos comenzaron a elevarse como pequeños pájaros que emprenden el vuelo con la ligereza de sus plumas. El primer tirón fue muy fuerte, Sebastián se aferró a su cinturón de seguridad, a pesar de resultar inútil. El calor se hizo cada vez más insoportable, al punto que Paulina comenzó a sentir un ardor en su piel. Sin embargo sólo se limitó a oprimir la mandíbula para evitar gritar. Oía a su hermano hacer todo lo contrario a ella, pero por piedad intentaba no prestarle atención para evitar partir su alma en más pedazos.

Su corazón y su respiración se aceleraron sin control. Poco a poco su valentía se comenzaba a diluir dando paso al miedo atroz de la muerte. Todo estaba ocurriendo muy rápido. Una lágrima brotó al fin de su ojo derecho mientras se daba cuenta que no podía observar nada de forma objetiva; todo daba vueltas y era demasiado confuso. Sentía en todo su cuerpo un tirón que le llevaba a todas partes al mismo

tiempo. Según lo poco que logró notar, la llanura estaba siendo arrancada por aquella energía voraz con todo a su paso. Ellos y todos, serían los siguientes. Los automóviles más cercanos al primer estallido ahora ya no debían existir ni tampoco sus ocupantes.

Sus oídos estallaron por el estruendo, un millar de agujas pinchaban su cerebro. Sus sentidos comenzaron a perderse y ese ardor global de hace apenas unos segundos se convirtió en un dolor imposible de explicar en cualquier idioma conocido. La humedad de sus ojos iniciaba su evaporación. Finalmente no pudo soportar más y gritó con todas las fuerzas que restaban.

## A TUS CENIZAS

**H**an pasado tantos días desde que no veía el sol ni sentía sus rayos quemar mi piel con su calor, diría que es como soñar despierta. Me comencé a acostumbrar a los días de oscuridad; no imaginé que habría un atisbo de vida en este bosque: las flores al abrirse.

Genaro, sé que jamás leerás esta carta. Para este momento debes estar en el cielo o en el infierno. Quizá allá arriba, pues no fuiste un mal hombre. La mala soy yo. Ofrecerte perdón sería ofenderte, si fuera una mortal cualquiera, vendrías en la noche, te llevarías mi alma o me jalarías los pies. No fui digna de ti. Tampoco merecías un final así; pude evitarlo y eso no me lo perdono.

¿Cómo llegué a ser quien ahora soy? Fui simplemente tu mujer, quien retozaba contigo por los campos, soñaba a tu lado acostados bajo un árbol mirando las estrellas, creando nuestras propias constelaciones. Viajamos mucho más allá de Orión, de las Pléyades, del Erídano, la Osa Mayor. Ahora todo es parte del recuerdo.

Escribo para liberar la carga en mi interior. Provoqué que perdieras la vida en esa hoguera, gritaste al viento el nombre de Dios y los nuestros con toda tu decepción, deseándonos la muerte, para encontrarte con nosotras y exigirnos una explicación. No Genaro, eso es imposible. No nos volveremos a ver en esta vida ni en la otra. Ya no pertenezco a este mundo, nunca admiraré el trono que se

encuentra a la derecha del Padre. En mi condición actual, el lugar más propicio será un rincón a la izquierda del trono de los abismos más profundos del universo, esclavizada. Mi madre me prohíbe mencionar el nombre de quien ocupa ese trono; aunque sea increíble, lo conoce cara a cara. Últimamente he sentido su presencia pues le pertenezco.

A ella le hace falta poco para partir, me lo ha dicho. La primera vez que se encontró con el Enemigo fue hace tanto que no puede recordar. Perdió el número de lunas, de estaciones que han pasado por sus ojos y su piel, hasta perderse en lo profundo de la mente. Mi destino no debió ser este, hay fuerzas superiores que te arrastran a sitios impredecibles. Al principio me negué, no quería traicionarte ni pagar mal los años compartidos. Sin embargo, fui capaz. Por eso, cuando deje este mundo mi castigo será inimaginable, como el de aquellos papas que cortaron las alas a la Iglesia.

Mi madre no sólo está harta de este mundo, sino de pagar continuamente el precio por un deseo concedido por ese maldito ser. Solía ser tan hermosa, sin embargo su salud se ha ido deteriorando, se está hundiendo en un agujero que se obliga soportar. Un día dijo «ya no más». Dejó de comer, no el pan ni el agua, sino el producto de sus cacerías nocturnas, transformada en esa horrible cosa. La primera vez, hace muchos años, me aterró al verla. No podía ser ella. Pensé en la muerte, quizá terminaría destrozada en sus garras tan afiladas, pero no. Sólo voló y se perdió en la inmensidad de la noche para reaparecer unos días después tal como la conocía, con su ropa harapienta. Sin embargo ese monstruo me cuidaba cada día, le juré lealtad por sobre todas las cosas. Muchas han sido las veces que se ha retorcido en la cama desesperada por el hambre, a pesar de

mis inútiles intentos por alimentarla con cosas distintas a carne y sangre humana. Su alma le dice que tiene mucho por pagar aún.

Comenzó a decaer. Pronto dejó de caminar, decidió ponerse fin y la maldición cayó sobre el pueblo... Esa maldición, la penumbra que tapó el sol causando dolor a todos, soy yo. De manera forzosa alguien debe quedar en el lugar de mi madre cuando se marche. Si me ama tanto, ¿por qué me eligió entonces? Me negué al inicio pero ante su insistencia me vi obligada a aceptar. Poco después me llevó en la noche a lo profundo del bosque. Me presentó ante un desconocido vestido de negro, quien me aseguró que si aceptaba esta «responsabilidad», obtendría cualquier cosa. Me dio una lista tan detallada, me deslumbré. Fui una insensata ante las promesas vanas, caí en la trampa. Cortó la palma de mi mano, guardó un poco de mi sangre en un frasco.

La primera vez que me transformé en ave rapaz me desdoblé para ser algo no humano. Fue tan horrible, es imposible de describir. El escozor por la salida de las plumas en mi piel fue poca cosa comparada con arrancar mis piernas, tirarlas al fuego y ver cómo crepitaban. Mis muslos sangraban y se estremecían ante el dolor. Es tan lacerante, penetra cada milímetro de mis otros huesos y parece despedazarlos, paraliza mi cerebro y se queda ahí, incluso a la mañana siguiente cuando despierto. A pesar de hacerlo en ocasiones posteriores no creo poder acostumbrarme.

Al amanecer mis piernas reaparecen como si nada les hubiera pasado. No sé cómo soportaré esta vida o el pasar de los años. Genaro, nunca leerás estas palabras, pero te anticipo que algún día acabaré también con mi vida, no

la merezco. ¿Qué más me queda? También he aprendido magia negra. Yo asesiné a todos esos niños... derramé sus órganos en el pasto, los devoré. ¡El regreso de la consciencia humana me hizo ver lo atroz que soy! Me consuelo patéticamente razonando que no soy yo en esos instantes sino una criatura vil. Nosotras manipulamos las circunstancias y recuerdos de los vecinos para que te inculparan. Desearía ser sólo tu mujer; cocinaba para ti, te esperaba cada tarde, dormía abrazada a tu lado. No planeo vivir ni siquiera los años de un mortal cualquiera. Mientras mi madre siga en este mundo la seguiré cuidando. Cuando por fin muera, me iré también.

Perdón Genaro, a Dios, al pueblo, mi madre Consuelo, al mundo. Ahora, quemaré esta declaración y partiré, seguiré con este rumbo hacia ningún lado, vagaremos y vagaremos pues no tenemos hogar al cual volver. Mientras te consumías huimos como sabandijas. Nadie se acordará de nosotras. Amor de mi vida, esta hoja de papel se transformará en cenizas al igual que tus hermosos huesos. Ojalá cuando se las lleve el viento se encuentren con las tuyas un día y puedas saber todos mis secretos. Siempre tuya: Cuauhčíhuatl. Adiós.

## ÍNDICE

### RELATOS EN CLAROSCURO

Caldo para la rabia

\* II

Un viernes imposible

\* 17

El extraño caso de la tarea de novela

\* 23

### RELATOS DE TINIEBLAS

El nido

\* 31

Añoranza

\* 39

Deseo

\* 51

Secreto

\* 75

Laguna

\* 81

Vuelan de noche

\* 93

Memento mori

\* 113

A tus cenizas

\* 123

# CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Alejandra Frausto Guerrero  
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo  
Subsecretaria  
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bepalova  
Subsecretaria  
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy  
Titular de la Unidad de  
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres  
Directora General  
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez  
Enlace de Comunicación Social y Vocero



TABASCO

Adán Augusto López Hernández  
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta  
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa  
Subsecretario de Fomento  
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña  
Director de Publicaciones  
y Literatura





*Relatos en clarosuro y tinieblas*, de Elí Manuel Austria Hernández, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos EB Garamond y Roboto. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.